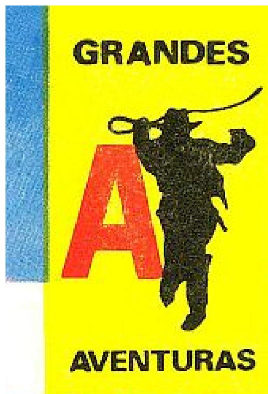




SIGLOS BAJO EL AGUA

No había estado en El Cairo, con tiempo suficiente, desde lo de Jon Stormbird y el asunto de la Stark. Ya saben, aquellos líos en los que me metí con Maureen Hjortsberg.

Como estaba sin blanca, para variar, había intentado conseguir un crédito en el Spanish American Bank de la capital egipcia, donde conocía a un tipo, aunque fuera un indeseable. Un tan J. J., apodado El Sarto, un mañoso internacional a quien nunca perdonaré lo que me hizo en Hamburgo. Supuse que ahora, con su destino en El Cairo, procuraba huir de las iras de su esposa, una maravillosa criatura, algo temperamental, a la que J. J. engañaba cada vez que podía, con trucos que se habían hecho famosos. Un indeseable, ya digo.



Indiana James

Siglos bajo el agua

Bolsilibros - Indiana James - 28

ePub r1.0
LDS 09.05.18

Título original: *Siglos bajo el agua*
Indiana James, 1986
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

Capítulo primero

No había estado en El Cairo, con tiempo suficiente, desde lo de Jon Stormbird y el asunto de la Stark. Ya saben, aquellos líos en los que me metí con Maureen Hjortsberg.[1]

Como estaba sin blanca, para variar, había intentado conseguir un crédito en el Spanish American Bank de la capital egipcia, donde conocía a un tipo, aunque fuera un indeseable. Un tan J. J., apodado El Sarto, un mañoso internacional a quien nunca perdonaré lo que me hizo en Hamburgo. Supuse que ahora, con su destino en El Cairo, procuraba huir de las iras de su esposa, una maravillosa criatura, algo temperamental, a la que J. J. engañaba cada vez que podía, con trucos que se habían hecho famosos. Un indeseable, ya digo.

No había habido crédito. Algún día me las pagará, ese individuo.

Como en el fondo soy un romántico, había ido a consumir mis últimos dólares en el mismo bar en el que Maureen y yo, un día ya lejano, estuvimos sentados comentando cuanto acababa de terminar. Me senté en la misma mesa de la misma terraza al aire libre, y también pedí un martini. Los recuerdos no hay que fomentarlos demasiado, pero alguna pequeña ceremonia recordatoria no viene mal de vez en cuando.

Dándole sorbos al martini, recordé todo aquel jaleo. El British Museum de Londres, Imosis III… Cuando vuelva a Inglaterra, pensé, tengo que pasarme a visitar a Maureen. Se portó como una mujer de verdad en todo aquel jaleo. Como una mujer de las que no abundan. Aunque yo, la verdad, haya conocida ya a más de una.

Olfato, se llama eso.

Arrugué la nariz en ese preciso instante. ¿Olfato?

Una rubia bastante robusta se estaba sentando dos mesas más

allá, dándome la espalda. Sólo podía verle el pelo, bastante atractivo, sus anchos hombros como de jugadora de balonmano, y un chaquetón bastante traqueteado. Pero al sentarse había hecho un par de gestos indescifrables que atrajeron mi atención.

Una mujer acostumbrada a moverse por el mundo tiene cierto aire… Qué sé yo, un algo.

Cuestión de olfato, digo.

No debía de ser egipcia, desde luego, a juzgar por el trabajo que le costó hacerse entender por el camarero. De todas formas, el tipo no hablaba ni siquiera mi inglés, así que no era nada extraño.

Pero no había mucho que hacer. Se quedó sentada allí, dándome la espalda, y listo.

Yo tampoco tenía muchas ganas de moverme. Hacía sol, era bastante temprano para mis costumbres, y ya saben eso que le entra a uno cuando se sienta al sol en un café de una de esas ciudades mediterráneas.

Me dediqué a darle al martini, mientras contemplaba el paisaje: coches que pasan, un vendedor de no sé qué tortas con miel, cientos de moscas alrededor, una viejecita cubiertísima de ropas negras, el vociferante vendedor de quincalla, un paseante atándose el zapato junto a un todo-terreno verde, un guardia urbano con aspecto de aburridísimo, tres o cuatro críos acosando al gato más paciente que he visto en mi vida… Eso que se llama el color local, que en estos casos, estos ratos y estas mañanas, suele ser incoloro.

Pedí otro martini. Pensé «donde esté y a la hora que esté»… Eso que no veo televisiones, pero la publicidad se te mete por todos los poros. Bueno, y como dice la publicidad que «un martini te invita a vivir», decidí hacerle caso. Más que nada, por matar el aburrimiento. Es que no es lo mío, eso de estar parado.

Me levanté, y procuré que se me cayera el martini en dirección a la rubia con aire de mundo.

Me salió muy mal.

Primero, no logré salpicarla con la bebida. Sí, un lamentable fallo de puntería. Segundo, al presentarle yo mis excusas, la mirada de la rubia fue como para convertir en témpano instantáneo de hielo a un pingüino incluso. Tercero, los niños que le daban la lata al gato encontraron motivo nuevo de diversión y se vinieron, riendo como locos, a darle la lata al extranjero idiota al que se le había

caído el martini, estos extranjeros ya no saben ni dónde tienen la boca.

Entre todos, me hicieron sentir como el más estúpido ligón de playa que hayan visto los siglos.

Y por supuesto, la rubia me ignoró. Tras dirigirme otra glacial mirada, que podía traducirse «ese truco está ya muy gastado, joven, para ligar sea más ingenioso la próxima vez», se volvió de nuevo en dirección opuesta a donde yo estaba. Porque volví a sentarme, claro.

Otra vez a la vida contemplativa. Otra vez a mirar cómo pasa el mundo por alrededor.

Con una diferencia. Lo más latoso del mundo, cuatro chiquillos con ganas de coña, se me habían venido alrededor, precisamente, de mi humilde persona.

Intenté todos los recursos, pero se pusieron cada vez más latosos. Se divertían mucho con mis gestos de «iros a buscar novia, bonitos», o con los de «¿no hay escuela hoy?». Cada vez metían más jaleo.

Tanto, que la rubia se levantó, dejando una moneda sobre la mesa. Sólo conseguí verle la cara un instante, ahora sin la mueca hostil ni la mirada glacial, sólo con un gran cabreo encima. Los niños le daban la lata también a ella, y seguro que pensó que era por culpa del pelmazo aquél. Por culpa mía, claro.

Se levantó, digo, y empezó a andar rumbo a unos coches aparcados. Yo pensé: «Indiana, hijo, creo que esta pieza se te escapa, más vale que…».

Ella se había detenido buscando las llaves junto a un coche, junto al todo-terreno verde donde un tipo se había atado el…

Y de pronto, volví a ser Indiana James.

Una luz deslumbradora se encendió en mi cerebro.

Mi sexto sentido se disparó, imperioso.

Y mis músculos, también.

Salvé de un salto la distancia que me separaba de la chica y de los coches, le hice un «placaje» del mejor estilo *rugby*, caímos junto al suelo, y rodé con ella, apartándola del coche.

Cuando me encontré en el suelo de nuevo, sujetándola fuertemente, y protegiéndola con mi cuerpo, miré de nuevo al coche. Tuve un instante de duda. Absolutamente nada. ¿Me habría

engañado, por primera vez en mi intensa vida, mi infalible piloto automático?

En el instante siguiente, la extranjera empezó a decirme de todo, claro. Una serie de ruidosas sílabas exóticas en una lengua que sonaba a rayos. Desde luego, muy apropiada para el insulto.

Los niños, desde lejos, se unieron al concierto, abucheando.

Pero uno de ellos lo arregló todo. Cogió un palo, y me lo tiró. Supongo que pretendía darme a mí, pero le dio al coche, al todo-terreno verde.

Y un instante después, no hubo coche.

No, no había fallado mi sexto sentido. La explosión aún nos hizo rodar otros metros por la acera, a la rubia y a mí, mi cuerpo siempre protegiendo el de ella, en plan ortodoxo caballero andante. La explosión, afortunadamente, metió a los niños, ilesos, dentro del café, en compañía de unas cuantas sillas y alguna mesa. Eso les salvó de la caída de la armazón que sostenía el toldo de la terraza. Y ese toldo, a su vez, recogió las innumerables astillas de cristal que llovieron de las ventanas de los pisos.

Cuando se hizo el silencio, del todo-terreno quedaba solo un montón de desechos humeantes, con algún leve toque de pintura verde en alguno de los restos de chapa.

Alrededor, los transeúntes empezaban a salir de su asombro y de los escondites que habían buscado rápidamente. Una mujer desencadenó ese típico chillido histérico de las mujeres árabes, tan parecido al que usan para corear la música.

Y entre los parroquianos, distinguí a uno. Precisamente aquel que se ataba el zapato junto al coche unos minutos antes, cuando todo era plácido y soñoliento.

Pero él también debió distinguirme a mí, porque cuando logré ponerme en pie, algo entumecido, tras desenredarme de la rubia, había desaparecido. Y en su lugar, aparecieron dos agentes de la siempre eficaz policía egipcia.

Lo de eficaz, ya me entienden.

Venían blancos como el papel y cubiertos de polvo, así que debían de encontrarse muy cerca cuando la explosión. Y me figuro que estaban más cerca de considerarnos, a la rubia y a mí, culpables que víctimas.

Afortunadamente, había testigos de sobra. Entre otros, el

camarero, que debió de pensar que el extranjero ligón se iba a marchar sin pagar, cuando me lancé tras la rubia.

De todas formas, del laberinto de confusiones que significa una comisaría de policía egipcia, no nos libraba ya ni el faraón.

Preguntas, respuestas, caras largas, un traductor que no traducía, el camarero gesticulando, los padres de uno de los niños que me señalaba a mí con gesto de asesino…

Para qué les voy a contar, ¿no?

CAPÍTULO II

—Integristas faraónicos —dijo Irina—. Podrá parecer ridículo, pero así es. Existen, y son peligrosos.

Habían pasado siglos desde la bomba en su coche, o a mí me lo había parecido al menos. Siglos de oscuridad, o por lo menos de estupidez. Ya saben lo poco que me gustan los policías. Pero éstos habían batido todos los récords.

Menos mal que después de un tiempo alguien de la embajada soviética había intervenido. Para proteger a Irina, claro.

Irina era el nombre de la rubia, y el idioma que tan sonoramente había herido mis oídos cuando la aparté de su «Lada Niva» antes de que éste volara por los aires, era el ruso, claro. Debía haberlo descubierto antes, pero el revoloteo de policías egipcios a mí alrededor me había aturdido tanto que no estaba para músicas. Sólo cuando un muy eficaz (éste sí, de verdad, sin retintines) funcionario soviético aterrizó en la comisaría, me di cuenta del regusto a vodka que tenía la lengua que hablaron Irina y él. Debía haberlo imaginado.

Y ahora hablábamos tranquilamente en un restaurante típico… y subterráneo. No estábamos para más paisajes de El Cairo, ni más terrazas al aire libre.

—No sé si es que han aprendido de Jomeini o si es que lo de las religiones está de moda. Pero hay una secta de integristas religiosos que está empeñada en que a los faraones hay que dejarlos descansar en paz. Y desde que han aparecido, todas las excavaciones arqueológicas han de ser protegidas por la policía o a veces por el ejército. Han apaleado ya a varios arqueólogos, y se habla de que el incendio del Museo no fue accidental.

Yo había leído algo de ese incendio, que había afectado días

antes sólo a las oficinas del Museo Arqueológico de El Cairo. Causó sorpresa que estuviera tan ceñido a lo burocrático.

—Y ahora la han tomado con nosotros. Pero nunca habían llegado tan lejos como lo de esa bomba.

—¿Nosotros? —dije.

—Los de mi país, claro —respondió Irina—. Desde lo de Assuán, ha habido cientos de técnicos rusos en Egipto. Hace unos años que ha disminuido la cifra, sobre todo desde que Sadat se volvió hacia los americanos y pactó con los israelitas, ya sabes. Pero eso le costó la vida. Egipto, como todos los países árabes, pero quizá algo más que la mayoría, está a caballo entre pasado y futuro, y oscila entre un bloque y otro, entre mi país y el tuyo, y acepta la influencia económica y comercial de uno y otro alternativamente.

Había logrado convencerla previamente de que, como americano, soy bastante atípico. Quiero decir, que no soy de los que adoran Wall Street entre todas las iglesias.

—Para los integristas, como te puedes imaginar, los rusos somos más odiosos que nadie. Nosotros construimos la presa de Assuán para Nasser. La presa inundó la zona más rica en restos arqueológicos, y esta gente no nos lo ha perdonado. Ha sido la blasfemia máxima para ellos. De nada sirvió que mi país ayudara a salvar tesoros históricos. Con que uno solo de esos templos haya quedado bajo las aguas, es bastante para ellos.

No es que yo la tuviera en el bote ya, pero Irina había tomado alguna confianza, aunque mantenía las distancias convenientemente. Y la verdad, ahora que la tenía de frente y cara a cara, resultaba más que atractiva, aunque demasiado seria. Durante una cena bastante suculenta (en la que hubo un poco de todo, ese ragut de habas llamado «foul», el guiso de pescado «fessikh», dulces), me puso al corriente de sus actividades.

Formaba parte de un grupo de investigadores de su país, dedicados a un tipo de arqueología algo especial. Siguiendo ciertas pistas anteriores, habían llegado a la conclusión de que uno de los templos que fueron inundados cuando la construcción de la presa de Assuán guardaba aún importantes secretos. Y andaban detrás de ellos.

—Como tantos otros países, también la Unión Soviética colaboró en la salvación de varios templos, en desmontarlos piedra por

piedra y trasladarlos a lugar más seguro, o construir diques alrededor para que pudieran quedar a salvo de las aguas. El gobierno egipcio de Gamal Abdel Nasser correspondió con importantes donaciones culturales, que fueron a las universidades soviéticas para ser materia de investigación. Entre todo ello había una colección de losas funerarias con inscripciones jeroglíficas que, una vez estudiadas, dieron como resultado que uno de los templos que no fueron salvados de las aguas, por considerarlo poco importante, guarda aún secretos importantes. Concretamente, puede darnos algunas claves sobre períodos oscuros de la primera historia de Egipto, de la que se sabe realmente muy poco.

Llevaban un tiempo trabajando ya en el asunto. Pero al trasladarse a Egipto a continuar la investigación sobre el terreno, habían surgido los problemas.

—Esa gente, los integristas, debían tener algún contacto en la administración del Estado, porque aparecieron en cuanto llegamos aquí. Primero fueron amenazas, nos seguían, nos molestaron en los hoteles donde nos alojábamos… Pero ahora, ya has visto.

—Bueno, pero habías dicho que era un tipo de arqueología algo especial. Y no veo la especialidad. Estos tipos le han dado la lata, por un motivo u otro, a todo el mundo. ¿Por qué sois tan especiales? No será porque os pongan bombas los locos éstos.

Volvió a aparecerle el glaciar en la mirada. Podía haber accedido a cenar conmigo como forma de agradecimiento, pero la rusa seguía sin tener una idea de mí demasiado maravillosa. Supuse que aún me consideraba un occidental, al fin y al cabo.

—Porque los de mi profesión, por lo general, trabajan de otra forma. Los arqueólogos no suelen verse obligados a moverse por Assuán, ¿no te parece?

No, no me parecía. No tenía ni idea de lo que quería darme a entender, y eso debió de notárseme en la mirada. Lo cual hizo que en la suya apareciera una chispa que significaba «el tío este es más bien ceporro».

—Bajo agua, digo. Buceando. El templo está sumergido, ¿no? Así que nos vemos obligados a trabajar buceando. No es muy cómodo, ¿no te parece?

Idiota de mí. Tenía que recomponer el tipo como fuera.

—Bueno, al fin y al cabo, no es tan incómodo eso de bucear.

Incluso es bonito y todo.
—¿Sí? Ahora me dirás que eres un experto buceador, claro. Los norteamericanos siempre andáis alardeando de saber hacerlo todo.
Yo recordé mis tiempos de pescador de perlasen el Japón[2], incluso los anteriores de buscador del tesoro de Gardenfly con los Forlani[3], antes de responder, con falsa modestia:
—Bueno, si no quieres que te diga «experto», diré que soy… un profesional más o menos de primera línea.
Eso era un poco excesivo, pero dicho así, con el típico gesto de estudiarse uno las uñas de los dedos de la mano minuciosamente, surtió su efecto.
Había admiración en la voz de la rusa cuando dijo:
—No te creo. ¿De verdad…?
Y yo aprovechaba la jugada, en plan póquer.
—Bien, ahora tendré que hablarte de cómo se ajusta el regulador de aire de las bombonas, las paradas reglamentarias para evitar la descompresión, qué problemas presenta el traje de neopreno mal colocado, y…
Me suelen salir bien estas cosas. Qué gran actor se perdió el teatro. Pero cuando hay una mujer atractiva delante, soy capaz de cualquier cosa. Y si estoy sin dinero, se me desarrolla el talento.
Irina empezaba a pensar que quizá no era un farol, después de todo.
—¿De verdad? ¿Es posible que hayamos tenido suerte, y que pudieras ayudarnos?
Yo seguía con el póquer, elegantemente.
—Eso depende de ti. Pero tendrías que explicarme bien por qué es tan especial vuestro trabajo.
Me lo explicó, claro. No en el bote, pero acercándose a la tapa sí que parecía estar. Por el lado profesional, por lo menos.
Explicó que era un trabajo de chinos, o de rusos. Que tenían que sumergirse en el agua del Nilo (no precisamente un prodigio de limpieza y salubridad) embalsada en Assuán, para bucear en las antiguas salas del templo. Había cocodrilos, por supuesto, pero no demasiados. Sobre todo, era un trabajo pesado, dijo.
—Imagínate. No puedes estar allí abajo mucho tiempo, así que nos vemos obligados a fotografiar lo que encontramos, subirlo a la superficie, revelar las fotos estudiarlas, y volver a bajar. El

problema es que hemos encontrado una galería, y parece que al fondo pudiera haber algo. Pero es un pasillo que resultaría estrecho para alguien que fuera andando y respirando aire fresco, y con los equipos de buceo resulta casi imposible avanzar. Nuestro equipo de buceadores anterior tuvo… bueno… problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Bueno… El jefe del equipo… murió.

—Bah, seguro que era un aficionado.

Irina me miraba ahora con un poco de respeto y todo.

—Lo contratamos aquí. Era egipcio, supongo que aprendió el trabajo cuando los ingleses. Sus hombres no parecían muy expertos, los dos que trabajaban para él, pero él sí que… De pronto, en una inmersión, algo pasó. Empezó a soltar burbujas por todas partes, pareció que enloquecía, quiso subir a la superficie a toda velocidad, pero no llegó vivo. Yo no lo vi, pero me dijeron… Parece que… estalló. Reventó por dentro.

—Normal —dije.

—¿Cómo que normal?

Intenté explicárselo, con la paciencia de un profesor que repite la lección a un alumno algo torpe. El buceador había sufrido un problema de descompresión. Si se asustó por una avería en el regulador, y quiso subir a la superficie demasiado rápidamente, y si la profundidad era grande, más de diez metros, le estallaron los pulmones por el cambio de presión del aire. Es una muerte bastante dolorosa, pero por desgracia bastante normal en los novatos.

—Además, juraría que sé lo que le ocurrió, el comienzo de todo.

Comprobé el efecto de mis palabras en la cara de Irina, y continué. Estaba ganando la batalla bastante claramente.

—Si el hombre no era demasiado experto, y parece claro que no lo era, porque a nadie con dos dedos de frente se le ocurriría una subida a la superficie como ésa, probablemente se cargó la válvula reguladora.

Irina estaba absorta, escuchándome.

—En una galería estrecha, como la que dices, probablemente no tuvo en cuenta lo saliente que queda el regulador a la espalda de uno, y lo golpeó sin darse cuenta contra una pared o un obstáculo. Es la pieza más frágil del material, y la más importante. Si degolló la válvula, el aire se escapó, y lo que le entró por la boquilla fue

agua. Debió tragar una buena bocanada, y perdió la calma. Eso fue lo que le mató.

La verdad, no creo que yo supiera entonces en qué lío me estaba metiendo. Yo estaba tratando de ligarme a la rusa, pero sin darme demasiada cuenta estaba ganándome un empleo. Un empleo en un trabajo del que no sabía apenas nada. Pero ya me conocen.

Hubo un silencio. La rusa quedó pensativa, repasando sus recuerdos. Al final, pareció convencida.

—Sí, puede que sea eso. Parece que encaja. Pero el caso es que no sólo perdimos un hombre, y ya sabes lo difícil que es el papeleo con esta gente para justificar un accidente laboral… El caso es que, además, los otros dos buceadores se fueron con él. Y ahora estamos inmovilizados. Tenemos buen material, y sabemos bucear algunos de nosotros, pero necesitamos a alguien que nos… Bueno, que nos asesore. Que nos guíe. Necesitamos un experto.

Debí haber desconfiado. Pero se puso tan gatita sumisa, que resultaba irresistible.

Y yo, pues allá fui.

—Bien, creo que ya lo has encontrado —dije.

—¿De verdad? Puede ser peligroso, ya sabes…

Les ahorraré el resto. Reconozco que en mi cerebro bailaban algunas lucecitas amarillas de atención, pero no les hice mucho caso.

Y ni siquiera terminamos la noche juntos. Pero decididamente, no tengo arreglo.

CAPÍTULO III

Odio la presa de Assuán. No, no es porque sea una de las meteduras de pata históricas más grandes de mi país. Ya saben que Egipto ofreció a Estados Unidos el contrato para hacer la presa, y como nuestros expertos dijeron que no se podía hacer, se lo encargaron a los rusos, y ellos la hicieron. Pero no es por eso por lo que la odio.

Ni tampoco por la barbaridad de haber sumergido la cantidad de templos que dejó bajo agua para siempre. Los conocidos, y los que no eran conocidos, porque estaban aún por descubrir, sepulturas y ruinas que se podían haber descubierto algún día y ahora será casi imposible hacerlo (aunque ahora estábamos allí para remediar una de esas barbaridades). Pero tampoco es por eso.

Sí, ya sé que los egipcios están muy contentos con la presa, que con ella han remediado una de las calamidades geográficas que más lata les han dado desde los faraones acá, las crecidas del Nilo. Pero era mucho más bonito cuando para remediarlo se ponían a rezarles a sus dioses, les construían templos y pirámides, y ahí se quedaba todo. Que sí, que ya sé, que el Nilo seguía creciendo cuando le daba la real gana, sin importarle demasiado todos los templos y todos los rezos, y los egipcios seguían ahogándose igual cada vez que el Nilo crecía, las cosechas seguían yéndose río abajo arrastradas por la crecida, y todo eso. Y la presa ha venido a remediar esas calamidades, y Egipto se siente fuerte y poderoso, y a la primera discusión con un egipcio, ya sea de fútbol o sobre si es mejor el café que toman ellos que el que hacemos nosotros (la verdad es que es que el suyo es una maravilla), en cuanto vas ganando la discusión que sea, un buen egipcio te saca siempre un «pero nadie ha sido capaz de hacer una presa como la de Assuán», y con eso se quedan tan felices. Se conoce que les queda algo de faraones a todos ellos, y

no siguiendo haciendo pirámides porque ya no se lleva, que si no…

Bueno, y entonces uno les dice que la barbaridad de Assuán no la hicieron ellos, que la hicieron los rusos, y ahí ya, si no te pegan, es porque te consideran un buen pegador, que de otra forma no te libra ni el mismo Osiris, ni siquiera Amón Ra, o uno de ésos.

Pero no odio Assuán por nada de eso. Aunque me raja las tripas ver los monumentos nadando como si los pobres faraones o los dioses estuvieran de vacaciones en las playas de Florida, con agua hasta el cuello y sin cremas bronceadoras puestas.

Lo gordo es que los tíos han fastidiado a media África con la presa dichosa. Y «fastidiar» es un verbo muy suave. Pero eso no lo dice nadie, y es lo que me pone furioso.

Luego te dicen que unos miles de kilómetros al sur, en Etiopía, llevan años sin ver una gota de lluvia y la gente se está muriendo de hambre a millones, porque no hay nada en absoluto que comer, y todo el mundo dice «pues qué pena, oiga», pero tan tranquilo. Y nadie dice que el agua es como el dinero, que se queda donde hay más dinero, y que la lluvia cae donde hay humedad, y que con la presa los egipcios han cambiado el clima de tal manera, que la lluvia se la quedan ellos y a los demás les mandan una sequía mucho más monstruosa que la misma presa. Eso es el fondo de todo.

Porque uno, ya saben, va siempre de un lado para otro y procura barrer para dentro de casa y sacar tajada de donde puede, pero tiene su corazoncito todavía, y piensa que algunas cosas claman al cielo.

Y sobre todo, uno procura que no se la den con queso, y de tonto tiene bien poco. ¿Está claro?

(Si a estas alturas, con la cantidad de cosas que les llevo contadas, no está claro, Indiana, compañero, mejor sería que cerraras el negocio).

Bueno, pues decía que odio la presa de Assuán.

Que la odio con toda mi alma por lo que significa.

Pero una mujer que es una verdadera hija de perra puede seguir siendo una bella mujer.

Y esa mañana, bien temprano, con un sol muy rojo-dorado levantándose como unos pocos centímetros nada más sobre el agua de la presa, y reflejándose en el casi-espejo que era ese agua, sin

una sola onda porque no corría ni un soplo de viento, el lago artificial que viene a ser la presa estaba como para enamorar al más insensible. Allí quisiera yo haber visto, por ejemplo, a mis inteligentes compatriotas de Wall Street que dijeron que no, que aquella cosa no se podía construir, y les pusieron en bandeja el negocio a los rusos.

Porque los ruskies que yo llevaba al lado, por muy bestias que fueran, bien que miraban para donde el sol, muy calladitos, y contemplaban la luz anaranjada en las rocas lejanas, y los efectos de luz y sombra en los templos medio sumergidos, y todo eso. Podían ser rusos, pero también tenían su corazoncito. Y todos los demás del grupo, también.

Entre ellos Irina, por supuesto.

En cuanto a mí, alternaba la contemplación del paisaje con la de los efectos de la luz anaranjada sobre la piel y los ojos de Irina. Estaba bastante mosca con ella, pero no había la menor duda de que, más allá de su hosca expresión y de la dureza de sus rasgos caucásicos, tenía unos ojos como para emborracharle a uno, y unos labios muy prometedores, aunque los apretara a menudo. Pero seguía sin hacerme el menor caso, y eso me tenía frito. Más bien me espoleaba, casi diría que sin quererlo yo.

Y desde luego, la luz del amanecer le sentaba bien a su piel de rusa. Que no me manden al Comité de Actividades Antinorteamericanas por decirlo, pero estaba realmente guapa. Rusa y todo. Qué le vamos a hacer, si era así.

Causaba, por otra parte, una curiosa impresión navegar por un lago artificial a cuyas orillas surgían de pronto cabezas de gigantescas esculturas de dioses y monarcas de hace tres mil años. Y cuando no era así, las mismas rocas, de color idéntico a las estatuas que habían sido esculpidas en ellas, parecían tomar formas misteriosas. No creo que los egipcios de Nasser pensaran en ello, pero aquello podría ser explotado como una especie de Disneylandia exótica y misteriosa. Casi nada, navegar entre milenios de historia.

Para terminar la romántica expedición mañanera, entramos por una ventana. Bueno, en realidad era una especie de balconada con columnas, en lo que debió ser la parte superior de un templo excavado en la roca. Las Zodiac se deslizaron entre dos columnas,

entrando bajo techo, y deteniéndose junto a unas escalinatas de lo que debió haber sido piedra pulida. El techo estaba excavado directamente en la roca, como en otros templos parecidos y no muy lejanos, como los de Abu Simbel, o los de Ramsés II y Nefertari, que fueron trasladados monte arriba para salvarlos del agua.

O sea, que la parte principal del edificio, o de lo que fuera, estaba bajo nuestros pies. Y debajo del agua, claro. Ahí es donde entraba yo. Una mezcla de egiptólogo y buceador, todo a la vez. Pero ya saben, me las he visto peores.

Los ruskies hablaban entre sí en su lengua, mientras desembarcaban. Nadie parecía hacerme demasiado caso, dando a entender que yo estaba allí exclusivamente para echar una mano, una especie de sirviente cualificado y poco más. Me ignoraban. Los importantes eran ellos y su trabajo.

Por cierto, que no tenían un aspecto muy científico, aunque sí parecían muy entendidos en el manejo de diversos aparatos. Pero ya se sabe, los rusos tienen todos esa pinta de brutos…

Y otra que no me hacía mucho caso era Irina, lo que ya me gustaba menos. Empecé a preguntarme vagamente qué diablos hacía yo allí en medio. Pero me tranquilicé. Habían prometido buena paga, y no tenía nada mejor que hacer. Y para colmo, ya saben lo que me gusta meterme en líos.

Arrimaron las Zodiac a una de las escaleras, en cuya parte superior se abría una habitación excavada en la roca, a la que no llegaba el agua. Fueron desembreando equipo, y amontonándolo en la habitación.

Cuando eché una mano en la descarga, aproveché para reconocer el terreno. Parecían bien instalados, y en efecto, llevaban tiempo trabajando por allí. Había catres de campaña, mesas y sillas plegables, y cajas y más cajas de material. Latas de conservas, montones de pequeñas bombonas de butano para la luz y el pequeño hornillo de *camping*… Estaban realmente bien montados.

No eran una sino dos las habitaciones excavadas en la roca. Y al fondo de la segunda había incluso un pequeño laboratorio fotográfico, con cientos de carretes cuidadosamente almacenados. Buenos organizadores, los ruskies. Les estaba tomando cierto respeto.

Estaba examinando un pequeño hornillo de *camping* a butano

cuando se rompió la calma. Había durado demasiado.

La cosa fue rápida. Irina estaba recibiendo una caja de material de manos de uno de sus compañeros, para amontonarla con las demás, cuando éste le dijo algo en ruso, con tono de extrañeza, lo que me hizo mirar hacia allá. El ruso señalaba una cesta, una de esas que hacen los campesinos egipcios con los juncos esos llamados papiros y que han sido famosos desde hace siglos. Algo parecía extrañarle en ella.

Fuera lo que fuera lo que el ruso había preguntado, Irina negó con la cabeza. Parecía no haberla visto nunca antes. Y con gesto despreocupado, fue a abrirla para ver qué contenía.

No me dio tiempo a avisarle. Estaba tan cerca, y su gesto fue tan rápido, que mi grito de aviso llegó tarde.

Irina abrió la cesta sin preocupación alguna, posiblemente creyendo que era parte del material, y de su interior salieron cuatro o cinco relámpagos ondulantes, que saltaron al exterior a increíble velocidad.

En Egipto las llaman áspides, son conocidas en otros lugares de África con otros nombres. Serpientes de las arenas, entre otros, o víbora cornuda, por los dos cuernecitos que tienen, uno sobre cada ojo.

Su picadura es… Pero bueno, ustedes ya saben cómo dice la leyenda que murió Cleopatra, ¿no? Y todas esas otras historias parecidas. Me ahorro la explicación, entonces, si ya saben lo mortales que son.

Irina también debía saberlo, porque se quedó paralizada de horror. El otro ruso no, porque intentó darle un pisotón a una. Nunca lo hubiera hecho. El bicho esquivó su gesto, y le mordió rápidamente en la pantorrilla, más arriba de donde le cubría la bota.

Los alaridos de dolor son internacionales, se entienden sea cual sea la lengua del que los lanza. El resto de lo que gritó el ruso no pude entenderlo, pero no había excesiva dificultad en adivinar qué podía ser.

Rodó escaleras abajo, hasta donde estaban las Zodiac, cayó al agua no lejos de una de ellas, y se debatió chapoteando.

Pero no por mucho tiempo. Terminó enseguida.

Mientras tanto, yo me había puesto en acción. Usando lo que

más a mano tenía, saqué el encendedor de uno de los bolsillos de mi proverbial chaqueta, y encendí el hornillo de gas. Por fortuna, era de los que colaboran, no uno de esos que hay que pelear con ellos durante hora y media. Y era también de los pequeños, no el principal de los usados por la expedición, así que pude manejarlo como una especie de arma. Un pequeño lanzallamas espanta-serpientes.

A los reptiles no les gusta el fuego, como a casi ningún animal. A los áspides tampoco, por fortuna. Pude separar rápidamente a Irina de los tres que la acosaban. Menos mal que su misma aterrada inmovilidad había hecho que no la atacaran.

Usando como arma el hornillo de gas, hice retroceder a los tres bichos. Pero si retrocedían, no se iban. Y había otro, por lo menos uno más, que se movía demasiado rápidamente a un lado. Podría rodearme y atacar por detrás, como un militar experto hubiera hecho.

Ahí mejoré sustancialmente mi idea de las mujeres rusas. Yo las imaginaba brutotas y un poco tontas. Irina no era ni lo uno ni lo otro. Levantando en alto una pesada caja de material, convirtió al bicho en una especie de pulpa, aplastándolo contra el suelo, cuando se la dejó caer encima.

—Bien hecho —le dije—. ¡Pero a ver si haces algo con estas tres, que no puedo estar toda la vida haciendo circo!

Y lo hizo, hizo ese algo Se dirigió a un maletín del fondo, extrajo una cosa pequeña, y con la cosa empezó a disparar contra las serpientes. Falló una sola vez. Pero cuando terminaron los ecos de las cuatro explosiones, los tres áspides tenían cada uno un disparo en la cabeza. Mejor dicho, donde habían estado esas cabezas.

—Ah, qué bonita, tan pequeña —le solté. No pensaba dedicarle demasiados elogios, que luego las mujeres se los creen—. ¿Una «Beretta»?

Sonrió, bastante satisfecha de sí misma, enseñando la pistola que tenía en su mano.

—No, una «Makarov». Calibre 9 milímetros.

Yo había oído hablar de la pistola reglamentaria del ejército soviético, introducida en los años 60, pero hasta ese momento no había visto una. Me hubiera gustado examinarla, pero no había demasiada luz allí, y la moza no estaba demasiado por la labor.

Quizá pensaba que iba a copiar secretos militares de su país.

Además, se puso demasiado ocupada en un momento, echándoles lo que claramente era una bronca a los otros tres ruskies. Los tíos se habían quedado en las Zodiac para ponerse a salvo de los reptiles, y ahora intentaban mantener un poco el tipo, capeando el temporal de la bronca de Irina.

Tenía rayos, truenos y centellas, el temporal. Qué tía.

Hasta el momento no me había preocupado demasiado por los demás miembros del grupo, pero estaba claro quién mandaba allí. Deduje, por la mucha ceremonia que le echaron al hecho de recoger el cadáver y envolverlo cuidadosamente en un enorme plástico, que el muerto era el único que podía haberle hecho sombra a la rubia. Y que, muerto como estaba el tío, era Irina quien tomaba el mando, con todas las consecuencias.

Pero siguieron las ceremonias, y ya empecé a inquietarme. Porque lo siguiente fue atar el paquete con el fiambre dentro, cargarlo en una de las Zodiac, y llevarlo a enterrar.

Eso me extrañó. No era un comportamiento muy acorde con la personalidad de un investigador.

Quiero decir: a un soldado caído en combate, se le entierra y listo. Se recoge la chapa de identificación, y se envía una carta a los familiares diciendo «mire, el chico se nos rompió, lo sentimos». Pero un arqueólogo es otra cosa. Los muchachos de la cultura suelen tomárselo de otra forma, qué cerebro pierde el mundo, qué gran cara queda truncada, todas esas cosas.

Si el mordido era un arqueólogo, una especie de gloria nacional de la ciencia soviética, ¿iban dejarlo así, sin más, entre arena egipcia? No me encajaba mucho la historia.

Y luego, la pistola de Irina, reglamentaria del ejército.

Curioso.

Sin embargo, el funcionario de la embajada había demostrado estar al corriente de las actividades de Irina y los suyos cuando nos había sacado del jaleo del coche desintegrado…

Entonces, ¿qué diablos…?

La verdad, no las tenía todas conmigo.

Intenté decirles que me quedaba en el templo mientras ellos enterraban a su compatriota, pero Irina me «sugirió» en tono de mando que haría falta muchas manos para cavar bien hondo la fosa,

a salvo de los chacales. O sea, que no pude negarme, y allá fui.

Una pena no haber podido echar un vistazo a las ruinas solo.

Y de paso, al material de la «expedición científica» que tan pocos miembros desplazaba desde la Madre Patria, pero tan bien equipados.

La excursión funeraria, por otra parte, no fue ninguna diversión, por supuesto.

Capítulo IV

Justo después de la comida de mediodía, hice la primera inmersión.

Hicimos, porque Irina se reveló tan eficaz submarinista como tiradora. Caramba con las rusas.

Tenían una especie de cabrestante de los usados en espeleología para bajar a las simas. Bien asegurado entre dos pilastras del templo, el cable quedaba suficientemente separado de la pared como para subir, con una plataforma, cuanto se pudiera encontrar abajo.

Para sumergirnos, sin embargo, yo prefería la tradicional cuerda con un peso abajo. Eso me permitía regular el descenso a mi gusto, y al de mi cuerpo. A mí descompresiones no, gracias.

Así que allá fuimos.

Si alguna vez prueban lo que es bucear con un traje de neopreno, se reirán conmigo de aquella película en la que el 007 sale del mar con equipo de buceo, se quita el traje y aparece vestido de un flamante *smoking*. Quienquiera que se haya visto alguna vez en semejante situación, soltará la carcajada. El guionista debía entender tanto de buceo como de sánscrito entiendo yo.

Me refiero a que la sensación primera que uno tiene al sumergirse es la misma que se experimenta cuando, bajo un buen aguacero, la chaqueta empieza a calarse y la humedad toca la piel en la espalda. Uno piensa «la fastidiamos, voy a tener que cambiarme hasta de ropa interior cuando llegue a casa». Y es entonces cuando te das cuenta de que bajo el neopreno llevas sólo el bañador, porque está previsto que pase lo que está pasando.

O sea, que el agua se te mete entre la piel y el traje, y un instante después ya la has calentado con el calor de tu cuerpo, como calientas la capa de aire entre la lana y el cuerpo cuando te pones

un jersey.

El agua del Nilo no es fría precisamente, pero la sensación de sumergirse en el interior del templo no era precisamente agradable que digamos. Más bien resultaba como una fría puñalada bajando por la espalda bajo el traje.

Bueno, yo me había bajado las gafas a su sitio, ajustándolas bien, y empecé a sumergirme en lo que debía de haber sido una especie de patio interior del templo. Un patio estrecho y alto, por otra parte. Casi como una chimenea. Y le calculó más de veinte metros de altura. Lo cual significaba veinte de profundidad, traducido a nuestros problemas actuales.

No quise ayudarme con la cuerda para bajar. Me bastaba con aletear un poco, más la acción de los plomos del cinturón. El material era de bastante calidad, ruso en su mayoría, aunque piezas como las Zodiac, más voluminosas, habían sido adquiridas en El Cairo.

Llegué al fondo, y esperé a Irina, que bajaba detrás. Mientras tanto, encendí la linterna subacuática para echar un vistazo alrededor. Empecé a renovar mi odio contra la presa. En la pared debió haber habido en su día jeroglíficos tallados en la roca, pero la acción del agua los había destecho. Apenas quedaban algunos surcos más profundos que los demás. Pero todo el material que formaba la pared, el estucado de yeso o lo que fuera, se estaba viniendo abajo, y formaba como montoncitos al pie de las paredes. En una tierra donde la lluvia es una exótica novedad cada año, el agua debía ser una catástrofe. Mientras la estructura del templo no se nos viniera encima…

Llegó Irina, moviéndose con toda soltura en el agua, y me hizo una seña. La seguí hacia un lado. Ahora, en el silencio, me llegaban rítmicamente: el burbujeo de su equipo de respiración y el del mío. Ella había encendido su linterna, y ya eran los dos haces luminosos que de vez en cuando espantaban a algún pez de agua dulce.

La cosa me tenía con el alma en vilo. Me encogía el corazón recorrer aquel recinto de semejante forma. Era una profanación. Y eso que los integristas no nos habían visto hacerlo… Pero alguien tenía que haber colocado el cesto de los áspides allí, y ésa era una incógnita sin resolver. De todas formas, aunque yo estuviera muy lejos de ser un devoto egipcio, algo me decía que era una salvajada

hacer aquello. Aunque en rigor el salvaje fuera quien construyó semejante animalada de presa.

Irina atravesó varias salas, vacías todas ellas. Ahora estábamos completamente bajo la montaña, si mi sentido de la orientación y la brújula de muñeca no fallaban. Y el templo seguía hacia dentro. Debía tratarse más bien de una sepultura, una «morada de eternidad», como las llamaban los antiguos egipcios de hace miles de años.

No estaba preparado para encontrarme lo que vino después.

Atravesando una galería larga y estrecha, quizá la misma del accidente de que habló la rusa, llegamos a una especie de gran sala, que atravesamos. Y cuando nos encontramos cara a cara con la estatua que presidía la sala, la expresión del personaje me puso el vello de punta. Tenía un gesto de majestad, una especie de reproche dentro de su serenidad, que estaba diciendo claramente un «¿qué estáis haciendo aquí, extranjeros?».

Egipto es así.

Era una estatua muy tosca, apenas un relieve lo que explica por qué no la habían considerado suficientemente valiosa para trasladarla. Pero en Egipto, cualquier cosa considerada de poco valor tiene tres mil años, y los corrales de gallinas tienen jeroglíficos milenarios en las paredes. Recordé los museos de mi país, donde se conservan con cuidado los cacharros de cocina de los pioneros del Oeste de hace cien años, y cuando aparecen restos de una fogata de los buscadores de oro se envía a los arqueólogos con el Carbono 14 para estudiarlo… Me sentí bastante vulgar, en mi americanidad.

Irina llegó a la base de la estatua, y señaló un rincón. Hizo seña de que me lijase bien, pero no vi nada. Sólo algo que parecía madera podrida. Ella hizo gesto de «después», para indicar que ya me lo contaría. Y luego señaló su reloj, y puso el pulgar hacia afuera. Estaba claro que la primera visita había terminado.

Deshicimos el camino. Bien, si ésta iba a ser nuestra rutina diaria, no estaba del todo mal tampoco. Copio lugar de trabajo, conozco fábricas y oficinas mucho más siniestras.

Me adelanté a Irina buceando hacia la salida. Entendí de pronto, al pasar, lo que le había pasado a mi colega egipcio. Si de verdad se le había roto el regulador, en aquella oscuridad le había entrado

una claustrofobia que fue más fuerte que todas las reglas de seguridad del mundo. El pobre tipo sólo pensó en salir de allí, por encima de todo.

La descompresión ha matado más buceadores que todos los tiburones y monstruos marinos inventados por los profanos. Sobre todo esa fatídica parada de los diez metros. Al hacerla, antes de salir, a media altura del patio-pozo por donde habíamos entrado, me imaginé la muerte del pobre tipo, estallándole los pulmones. Pobre diablo.

Esperé el tiempo reglamentario, mientras mis pulmones cambiaban el aire a presión del fondo por otro a menor presión. Y pateé un poco hacia la superficie, seguido por Irina, que se entretuvo algo más.

Estaba harto de agua, para ser la primera sesión.

Pero arriba me esperaba una lluvia.

De plomo, para cambiar.

Quien fuera, se había puesto nervioso, porque disparó casi antes de que yo emergiera. Una ráfaga de fusil ametrallador, bastante mal dirigida, que hizo hervir el agua a mí alrededor. Pasó cerca, muy cerca. Tanto, que una de las balas astilló por completo el cristal de mis gafas.

Por fortuna, no me había quitado aún la boquilla del equipo de buceo, así que pude manotear como un loco y volver a sumergirme. A tiempo de sujetar a Irina para que no apareciera.

Me quité los restos de las gafas, y le hice señas a la rusa de que arriba había visita. Luego, con el pulgar, le indiqué que me siguiera.

Conteniendo la respiración para no ser delatados por las burbujas, nadamos hacia un extremo del templo, saliendo del patio. Me orienté hacia uno de los rincones que quedaban más en sombra. Allí, cuidadosamente, procurando no chapotear ni hacer ruido alguno de agua, saqué la cabeza.

Junto a las Zodiac había otra lancha, ésta de las de fibra de vidrio, también fuera borda, con aspecto de rapidísima. Y en la habitación que usábamos de base, aparecían varios tipos. Tres de ellos armados del eterno, omnipresente y bien conocido fusil de asalto
AK-47
«Kalashnikov».

No teman, no les voy a contar otra vez las maravillas de ese trasto.

Pero estoy harto de encontrármelo en uno u otro lugar del mundo, y siempre apuntando contra mí, ladrándome como un perro rabioso, y escupiéndome plomo con una grosería increíble.

Irina emergió a mi lado, con el mismo cuidado que yo. Le señalé a los tipos. Dentro de la otra habitación se oían voces. Y un instante después se oyeron… gemidos.

Tenía que ser uno de los rusos. Y quien fuera no lo estaba pasando muy bien.

El gesto de Irina me dijo lo que yo ya sabía. Había que actuar, y pronto. Pero ¿cómo?

Teníamos los dos el cuchillo reglamentario de buceo, pero eso era bien poco frente a las máquinas ladradoras, compatriotas de mi acompañante.

Pensando algo estaba, cuando de la habitación interior salió un individuo. Un tipo con rasgos marcadamente mediterráneos, y esa especial agresividad de los egipcios. Reconocí al momento al que había visto fugazmente atándose el zapato junto al coche de Irina, el que muy probablemente había puesto la bomba mientras disimulaba con aquel gesto. Ahora parecía mandar sobre los otros.

Informé a la rusa, en voz baja. Se puso furiosa. La atraje suavemente a un rincón, y le expliqué rápidamente mi modesto plan. Protestó un poco, pero aceptó. Un instante después, se sumergía.

Cuando, al cabo de unos instantes, el agua empezó a agitarse cerca de las columnas por entre las cuales habíamos entrado con las lanchas, uno de los tipos disparó hacia el lugar. Esperé que mi compañera hubiera sabido protegerse nadando a distancia de la superficie. A partir de ahí, rítmicos montoncitos de burbujas indicaron que alguien buceaba hacia el exterior del templo. Y eso no pasó desapercibido por los morenos.

Tal como yo pensé, un instante después arrancaba la lancha, y el fuera-borda los propulsaba hacia la luz de fuera. Dentro, en semipenumbra, permanecía otro de los intrusos. En cuanto al «bombero», se volvió a la otra habitación, donde nada bueno podía estar haciendo.

Buceé hasta las Zodiac, casi a los pies del individuo.

Protegiéndome tras una de ellas, puse en marcha uno de los trucos más viejos del mundo. Me refiero a lo de «ruido-en-un-lado-mientras-uno-está-en-otro». No me digan que no saben a qué me refiero. ¿No han visto películas, o qué?

O sea, que me quité una de las aletas, y la arrojé al agua, al otro extremo de la escalinata. Hizo un chapoteo muy discreto al caer.

El egipcio no debía haber visto películas, porque a poco más vacía el cargador sobre la pobre aleta, que no tenía culpa de nada.

Y aún humeaba el fusil cuando le alcanzó de lleno en la nuca un remo de la Zodiac, hábilmente manejado, en plan lanza, por Indiana James, servidor.

Sólo que, antes de que pudiera hacerme con el arma, el «bombero», atraído por la ráfaga recién disparada, aparecía en la puerta… pistola en mano.

Ahora yo volvía a estar casi a los pies de un hombre armado, impedido por el traje y las bombonas de aire. Pero esta vez me habían visto, y había una pistola automática encañonándome.

Antes de que pudiera disparar, de algún lugar a mi derecha llegó un fuerte chapoteo.

El amante de las bombitas disparó hacia allá.

Mi mano buscó, con un disparo, el cuchillo de inmersión…

… Un arma no demasiado apta para usos distintos a aquéllos para los que se diseñó…

… Pero que cumplió su cometido. En adelante el «bombero» tendría pocas oportunidades de poner más bombas, ni siquiera de atarse el zapato de nuevo. Su principal ocupación fue, durante algunos segundos, la de respirar con una vía de aire bastante notable abierta en un pulmón por mi cuchillo. Luego, ya no tuvo preocupaciones.

Irina seguía chapoteando en la orilla, pero ahora lo hacía al subir por las escaleras rápidamente, todo lo rápido que le permitían sus aletas. Se las quitó y, recogiendo el «Kalashnikov», corrió hacia la habitación interior. Supongo que el gemido que habíamos oído antes le hacía temer algo.

Yo la seguí, tras quitarle al «bombero», de la mano, una «Colt» modelo 1911, bastante vulgar, pero buena herramienta.

No sé cuáles eran los temores de la rusa, pero a buen seguro se quedó corta.

Lo malo de los fanatismos religiosos es lo desproporcionado de las reacciones que motivan. Los rusos podrían haber sido unos verdaderos asesinos, cosa que estaba por demostrar, y aun así no habrían merecido una muerte semejante.

El último de ellos aún gemía, agonizante, en medio de un charco de sangre, cuando llegué a donde estaba. A él y a sus compañeros los habían hecho, literalmente, pedazos con algo muy afilado. Pedazos muy muy pequeños. Probablemente habían empezado por las extremidades inferiores. Pero las mutilaciones llegaban hasta la cara… y no me hagan darles más detalles.

Los integristas se habían esmerado. Supuse que habían sorprendido a los rusos mientras éstos trabajaban en el laboratorio.

Pero a punto estuvieron de sorprendernos de nuevo, a Irina y a mí. Porque, impresionado yo y llorando ella por la suerte de sus camaradas, no prestamos atención a la lancha que volvía, tras no haber encontrado, lógicamente, a Irina donde nunca había estado.

Por fortuna, se anunciaron convenientemente al entrar, educados ellos. Lo hicieron disparando.

Con el equipo de inmersión aún a cuestas (que pesa una tonelada fuera del agua), apenas pude hacer otra cosa que dejarme caer de lado, buscando posición para disparar. Irina, que no lo llevaba ya por habérselo quitado antes de agacharse junto a su compatriota, estaba más libre. Y había dejado muy cerca el instrumento más conveniente para expresar su rabia: el fusil «Kalashnikov», orgullo de su país. Así que el integrista que entraba estuvo a punto de recibir íntegramente en su cuerpo el contenido del célebre cargador «banana» del
«AK-47».
No fue así, pero recibió lo suyo. Cayó de rodillas, y luego postrado hacia adelante, como para agradecer a sus dioses la donación.

El resto del cargador, Irina lo vació sobre el segundo de los tipos, que estaba a punto de entrar a la habitación interior, recién desembarcado.

Así que sólo tuvo una andanada de
CL
IK-CLIK-CLIK
que arrojar sobre el restante, que aún estaba en la lancha, con el motor encendido. Y el tío no debió de apreciar demasiado la

música, porque hizo girar el timón y salió con la lancha a escape hacia las columnas. La «Colt» que yo tenía, orgullo de mi país… hace ya demasiados años, no pudo hacer otra cosa que levantar esquirlas de piedra de esas columnas, entre las que lancha y faraónico huyeron a escape. Las pistolas no han sido hechas para disparos de largo alcance, y además exigen de sus poseedores un trato cuidadoso para servir para algo. El «bombero» no debía haberle dado ese trato a esta herramienta.

Lo siguiente fue una de esas escenas en las que uno piensa «hombre, no, así, no…».

Quiero decir que yo había deseado intensamente encontrarme con la rusa entre mis brazos, pero no de la forma en que la encontré de pronto entonces. Me refiero a que lo hiciera llorando, desahogándose a puñetazos contra mi pecho, en un ataque de algo parecido al histerismo, mezcla de furia y dolor, de horror y odio.

Pero menos da una piedra, y «un viaje de mil millas comienza con un simple paso» (proverbio chino).

Capítulo V

El amanecer me encontró en una de las situaciones que más me gustan para recibirlo: bien apretado contra una mujer.

Habíamos empleado las últimas horas del día anterior enterrando lo que quedaba de los rusos compañeros de Irina. Algún día alguien de su país tendría que poner un monumento en aquella especie de cementerio soviético en territorio egipcio. Cuánta tumba en una tierra de tumbas, quién les iba a decir a los faraones que iban a tener esa compañía en su descanso eterno. Ni siquiera debieron saber en su día que existía esa tierra algún día llamada Rusia.

El resto había sido, por mi parte, compensar los horrores sufridos por la rusa haciéndole vivir un poco de cielo. De un cielo muy musulmán, por otra parte, para estar a tono con las tierras, aunque no mucho con el marco incomparable.

Me refiero a lo de los placeres del Edén, ya saben.

No entraré en detalles.

Habíamos buscado un rincón no ensangrentado en la habitación de fuera, ya que la de dentro había servido de cámara de torturas para los pobres chicos caucasianos. Desde donde estábamos se podía ver la hilera de columnas que nos servía de entrada, por donde ahora llegaba la luz del sol recién nacido. A nuestros pies, escaleras abajo del «embarcadero», las Zodiac. Y alrededor, el templo medio sumergido. Aún se me encogía el corazón un poco con su grandeza inundada.

Estudié la situación. De la expedición rusa, sólo quedaba Irina. Teníamos, pues, un montón de material detrás, y una incógnita delante, o más bien a los pies, bajo el agua. ¿Qué diablos podíamos hacer los dos solos?

Suponiendo que encontráramos algo allá abajo, ¿en qué estado podía aparecer, después del baño? En caso de tener suerte, ¿para qué iba a servirnos?

No había contado, claro, con el mucho ímpetu de mi soviética particular. Cuando despertó, momentos después, dijo que adelante, que venga, sin parar.

Estaba dispuesta a descubrirse sola toda la historia de Egipto. Una especie de Howard Carter (ya saben, el que descubrió a Tutankamón) femenino y rubio.

Era lo menos que podía hacer por la memoria de sus compañeros, dijo.

Le advertí que corríamos el riesgo de que el integrista huido volviera con refuerzos. Le daba exactamente igual.

Y entonces, visto que estaba decidida, opté por qué me diera detalles de lo que sabía. ¿Qué era aquello que me había señalado, junto a la estatua misteriosa, allá abajo?

Con eso le apareció en la mirada el brillo especial de los aventureros, resplandeciente como nunca. Y explicó. El templo debía haber sido cien veces saqueado y recorrido, no sólo en la antigüedad, sino recientemente, antes de la construcción de la presa. Había hablado con varios de los ingenieros rusos que colaboraron en las obras de aquello, y supo por ellos que, cuando era inminente que los templos se inundaran, hubo frenéticos esfuerzos por descubrir en esas construcciones lo que más tarde no podría ser descubierto. Y por llevarse cuanto pudiera ser arrancado, ya que el Gobierno no podría oponerse al despojo de lo que iba a quedar sumergido de todas formas.

Y uno de los técnicos, precisamente, había usado algo semejante a un sismógrafo en aquel templo, precisamente en aquel templo. Un artefacto capaz de realizar, científicamente y a gran escala, eso que todos hacemos,

TOC-TOC,

cuando queremos saber si algo está o no hueco.

El resultado había sido positivo.

Precisamente detrás de la figura del dios, o monarca, o lo que fuera.

Eso, y no los legados culturales a las universidades, era lo que había motivado la expedición que, claro, no era pública sino

privada, aunque varios funcionarios de la Embajada estuvieran en el ajo de la cuestión.

Sonrió. Me había mentido, claro, pero…

Como ya lo sabía, no hice otra cosa que pedir más detalles.

Por ejemplo, ¿cómo pensaba entrar, si encontraba un pasadizo, o lo que fuera? Porque al abrirlo, entraría el agua antes que nadie, y con fuerza suficiente para desintegrarlo todo. Ni polvillo iba a quedar de lo que hubiera allí abajo.

Irina volvió a sonreír, con malicia y misterio. Estaba previsto, dijo. El ingeniero que había empezado todo el asunto lo había preparado todo al detalle, aunque no hubiera podido él participar en la operación.

—Una esclusa neumática —dijo—. ¿Sabes esas pequeñas cabinas que se usan para salir al cosmos desde las naves espaciales? Algo parecido.

Sonreí yo ahora. Los rusos no se dan cuenta de lo pretencioso que resulta lo de «salir al cosmos, entrar del cosmos». La palabra les gusta, por lo visto. Pero la idea en sí era buena, muy buena.

Yo sabía lo que era. ¿No recuerdan que hice mi escapada al espacio exterior y todo?[4] Entras en un recinto pequeño, que se cierra detrás de ti. Se extrae el aire, y sales al exterior. El vacío si es en el espacio, el agua en este caso… o al revés.

Buena idea, sí. Y la esclusa estaba allí, desmontada, en las cajas de material que se amontonaban en la habitación interior.

Quedaban muchos otros problemas, desde luego, pero no era cosa de sacarlos entonces. Nada podía desanimar a Irina, que parecía ser de ese tipo de personas que se crecen ante las dificultades… Una gente que me entusiasma, por supuesto. Así que pusimos manos a la obra, y los problemas fueron desapareciendo.

Por ejemplo, yo había pensado en quién manejaría el equipo de superficie cuando estuviéramos abajo los dos. Compresores para perforadora, la bomba para extraer el agua de la esclusa, todo eso. Pero las soluciones aparecieron sobre la marcha. Por ejemplo, en forma de un temporizador como los que se usan para encender las luces de un comercio a una hora determinada Calculábamos el tiempo que íbamos a tardar en llegar abajo, y listo. El instrumental se ponía en marcha solo, en el momento adecuado.

Quedaban otros problemas, pero… no quería pensar en ellos.

Los fanáticos, por ejemplo. Pero decidí que no existieran por unas horas.

Unas horas que fueron largas e intensas, de actividad frenética. En el interior del templo resonaba el compresor recargando las bombonas de aire comprimido. Irina y yo nos sumergíamos, agotábamos la reserva trabajando allí en el fondo, y subíamos a cambiar de botellas. Nos turnábamos para que siempre hubiera alguien haciendo el trabajo.

Montar la esclusa fue como un rompecabezas. Abajo, a la luz de las linternas submarinas, procurando no remover demasiado el polvillo acumulado en el fondo pero levantando inevitablemente «polvaredas», fuimos construyendo la cabina metálica, venga de remaches y juntas estancas, de goma. Cuando construida, con su puerta y todo, vino la operación de fijarla a la pared con resina de silicona, como la que se usa en los cuartos de baño de casa. Apretar la palanca de una de esas cosas con aspecto de pistola, haciendo salir tiras de un material parecido a la plastilina de los críos, y con eso hacer una junta hermética entre la pared de la esclusa y el muro del templo. Un muro demasiado poroso, que se desprendía a trozos cuando ya estaba la mitad del trabajo hecho… Un calvario desesperante. Pero fue haciéndose.

Al final, cuando habíamos perdido la noción del tiempo que llevábamos allí abajo, llegó el momento de conectar a la extraña cabina (pobres faraones que hubieran visto semejante trasto… pero ya debían de estar hechos a todo, los pobres) los tubos del sistema de bombeo. Subí e hice una prueba. Irina tiró, como habíamos convenido, dos veces de la cuerda tendida entre el lugar de trabajo y la superficie. Funcionaba.

Ahora venía la otra parte. Perforar la pared en busca de la hipotética entrada al hueco de allí atrás. Un trabajo nada fácil, por cierto.

Imaginé el aspecto de marcianos que debíamos tener a los ojos de los faraones de por allí. Vestidos de plástico negro, con lo grotescos que resultan los trajes de neopreno de inmersión. Las bombonas de aire en la espalda. Montones de tubos que bajaban de la superficie, conectados allá arriba a ruidosos aparatos: un compresor para la taladradora, otro para recargar las bombonas de aire, más tubos preparados para extraer el agua del interior de la

esclusa mediante una bomba también ruidosa. La esclusa en sí ya parecía una nave espacial, con todos los tubos conectados, incluida la juntura hermética para que entraran los del taladro neumático. Y dentro de la nave, un par de locos turnándose en el manejo de una herramienta tremendamente ruidosa, aun bajo el agua, muy parecida a esas que usan los obreros para cargarse el empedrado de las calles.

Tanto años en paz, pobres faraones, y habíamos llegado los locos. Casi estaba por darles la razón a los integristas, si no fuera porque no me gustan los fanáticos de ningún color que sean.

A saber el tiempo que empleamos en hacerlo todo. Una eternidad.

Pero todo llega a quien sabe esperar, que dicen los franceses.

Llegó. Y no por haber esperado, sino por haber trabajado lo suyo.

Subí a la superficie, conecté el temporizador al tiempo calculado, cambié de bombonas, y volví abajo. Llevaba otra botella de repuesto para Irina, que no había «repostado». Queríamos entrar los dos juntos cuando tocara el momento cumbre.

Usando esta vez la cuerda, casi como trepando por ella pero al revés, para ir más rápido, volví a la esclusa por enésima vez. Irina había estado trabajando con la esclusa llena de agua los últimos minutos. Entré junto a ella, cerré la compuerta y esperamos, ansiosos, mirando nerviosamente el reloj y sin decir palabra.

Arriba, el temporizador hizo su trabajo. La bomba empezó a funcionar, extrayendo el agua. A la vez, por otro tubo, llegaba aire puro de superficie, a la presión suficiente para no causar problemas a nuestros castigados pulmones. Bravo por la eficacia rusa, el ingeniero se había ganado el pan. Sabía lo que hacía, el tío.

Irina atacó la pared casi antes de que desapareciera el agua del todo. Lo hizo siguiendo los taladros que había hecho previamente, y ahora a lo artesanal, con piqueta. No por tradición, sino por controlar mejor el avance.

—El agua ha hecho estragos en esta pared —dijo, al cabo de un rato—. Y el taladro ha hecho que penetren filtraciones. La argamasa está podrida por completo. No sé lo que vamos a encontrar al otro lado, pero temo que nos lo hayamos cargado todo con la humedad. Si es que no ha entrado agua ya por otra parte, desde que

construyeron la presa.

No hacía falta que dijera aquello para que yo tuviera un nerviosismo muy especial.

Ya me conocen. No me excito con cualquier tontería, precisamente. Pero la situación lo había conseguido.

¿Han leído la narración que hace Howard Carter de cómo entraron en la tumba de Tutankamón? Pues no se la pierdan. Ríanse de la mejor novela de aventuras. Recuerdo que cuando la leí, hace años, se me puso de punta todo el vello del cuerpo a la vez, en la parte en que cuenta el momento de entrar en el subterráneo. Tres o cuatro mil años esperando, y uno derriba el muro, y adentro. Pensé «chapcau, señor Carter», y me turné con Irina en el manejo de la piqueta.

Cayó un trozo de argamasa, y cayó hacia el otro lado. Un agujero oscuro quedó abierto en el muro.

Irina, temblorosa, introdujo la linterna.

Al otro lado, algo brilló.

Nos pusimos las gafas de buceo, y las boquillas de respiración. El aire del otro lado podía tener de todo. Hay quien dice que fue algún extraño virus, o la picadura de algún desconocido insecto, y no la maldición de Tutankamón, lo que mató a Howard Carter y los suyos. Fuera lo que fuera, ya que el equipo estaba allí, mejor usarlo.

Otros cuantos piquetazos, y el agujero se agrandó. La linterna temblaba en manos de Irina. Y ya he dicho cómo se las gastaba la rusa, no era precisamente una blandengue.

Otro piquetazo. De la garganta de Irina salió un ruido gutural, como si la hubieran estrangulado, cuando hubo sitio suficiente para meter las dos linternas a la vez, la suya y la mía. Luego, soltó algo en ruso que me sonó bastante contundente.

Pegué otro piquetazo, y me asomé. La cavidad era bastante grande ya para permitir el paso de uno de nuestros cuerpos.

A lo que había al otro lado podían haberlo convertido en tótem de todos los guardias urbanos del mundo.

Un guerrero, entre terrible y majestuoso, con una de esas expresiones de serenidad y mando a la vez que tienen las estatuas egipcias, extendía hacia nosotros, desde unos tres metros de distancia, una mano en un expresivo gesto que, desde cuatro mil años acá, ha significado «alto, no pase». La palma de la mano hacia

adelante, con los dedos, juntos. *Stop*. No seas bestia. No sigas. En la otra mano, por si no quedaba claro, tenía un arma, una mezcla de espada y guadaña, como las que les dibujan a las personificaciones de la Muerte. Todo estaba muy claro.

El guerrero, sin embargo, no había impresionado a la humedad ni al moho. Irina tenía razón, la presa había hecho de las suyas, y el agua que daba vida a los campos egipcios estaba siendo una muerte lenta para los restos del pasado. La madera policromada, piernas arriba de la estatua del guerrero, se estaba pudriendo, y el pan de oro que formaba su armadura estaba levantándose y en algunos lugares había caído al suelo como en escamas. Una lástima.

Dirigí el haz de la linterna hacia las paredes, Tremendo. Moho y marcas de humedad por todas partes. ¿Me entienden cuando digo lo de Assuán?

—Esto está podrido por completo. No me extrañaría que se nos viniera encima en cualquier momento —dije, en voz baja. Otra cosa hubiera sonado allí como una profanación.

Irina, sin decir palabra, entró en la cavidad. El equipo de buceo le estorbaba para avanzar, pero supongo que ni se daba cuenta, excitada como estaba. Yo la seguí, al cabo de un momento.

En la esclusa aún había algún ruido, entre otras cosas el del aire que llegaba por los tubos, el siseo de los últimos restos de agua extraídos por la bomba. Dentro del agujero, nada. Conforme avanzábamos por el pasadizo, hacia el guerrero imperioso, nada en absoluto.

¿Saben lo que es el silencio total? Apuesto a que no. Hay que ir al desierto, por ejemplo, para saberlo. Ríanse de eso que en nuestras ciudades llamamos silencio cuando en algún raro momento se paran los ruidos. El silencio de verdad es una especie de manto acolchado que baja y te cubre, te envuelve, te… Bueno, una cosa indescriptible. Pues algo así, lo de allí abajo.

Rodeamos al guerrero, Irina por un lado y yo por otro. La mirada de la figura, dirigida hacia el frente, impresionaba, casi como la de un cadáver reciente. Los egipcios tenían el don del hiperrealismo, que se dice ahora.

Detrás de la estatua había una puerta de madera policromada, semejante al estilo en que estaba esculpido el guerrero. El pan de oro también se desprendía poco a poco, despegado por la humedad.

La puerta, repleta de inscripciones en jeroglífico, estaba cerrada por un gran cerrojo de oro.

Como si hubiera recordado algo, Irina volvió atrás, recogió de la esclusa un aparato fotográfico submarino, y sacó varias fotos del guerrero. Yo, mientras, me acerqué a la puerta.

Irina vino hacia mí, fotografió la puerta. El *flash* me deslumbraba. Levanté el brazo, a tientas, para tocar la puerta…

… Y, con un ruido sordo, muy parecido al que hacen los castillos de arena de los niños en la playa al derrumbarse (es decir, un soplo, un susurro, nada), la puerta se deshizo, y cayó a mis pies. El cerrojo de oro rebotó un poco, y hubo silencio de nuevo.

Un silencio que rompió Irina al momento, con la contundencia de su lengua. Menos mal que no entendí lo que me dijo.

Pero al otro lado aparecía un nuevo hueco. Esta vez una larga galería ascendente.

Estaba iluminándola con la linterna, cuando Irina, tras calmar sus iras, dijo, esta vez en mi lengua:

—¡Escucha! ¿Qué ruido es ése?

Algo pasaba en la esclusa, desde luego. Había un ruido anormal.

Fuera quien fuera, alguien había llegado arriba, y estaba manipulando en los compresores y la bomba.

CAPÍTULO VI

Supuse quién era, claro. Mis temores se hacían realidad. Lo de ignorar los problemas nunca ha sido buena táctica. Sólo sirve para los avestruces.

Podría jurar que los integristas habían vuelto. Y nosotros estábamos allí abajo, indefensos como ratas.

Pensé todo eso mientras retrocedía hacia la entrada de la galería, asomándome a la esclusa. Levanté la linterna al oír un extraño silbido procedente de uno de los tubos conectados a la bomba. Un silbido, o un siseo limoso, que parecía venir de muy lejos y se acercaba a toda velocidad.

Un chorro de agua a presión me dio en la cara. El silbido lo había producido esa agua, bajando por el tubo a velocidad de vértigo. Comprendí enseguida lo que pasaba.

Uno de aquellos fanáticos había invertido el funcionamiento de la bomba, dándole además toda la presión posible. Y ahora la esclusa se estaba llenando de agua a un ritmo infernal. Pretendían ahogarnos, aun sin saber qué estábamos haciendo abajo.

Sin saber, por ejemplo, que con eso estaban condenando a la destrucción una serie de restos de aquella misma religión milenaria que ellos decían defender. Son cosas que pasan con el fanatismo, la pescadilla se muerde la cola y el círculo vicioso se cierra siempre.

Recogí las aletas de Irina y las mías, una piqueta de las que habíamos empleado para abrir la entrada (nunca se sabe, y es mejor ir bien equipado), y corrí hacia Irina. Le expliqué rápidamente la situación, que era por otra parte evidente: el agua estaba empezando ya a entrar por el agujero que habíamos hecho, y un gran charco avanzaba hacia los pies del guerrero. No le iba a servir de mucho el gesto imperioso.

Irina estaba horrorizada viendo avanzar el agua. Sabía lo que iba a pasar tan bien como lo sabía yo.

Odio todos los fanatismos que en el mundo han sido.

—¡Corre! —grité a la rusa desde la puerta recién desmoronada —. ¡No te quedes ahí parada!

Pero ella, como hipnotizada, contemplaba el agua que avanzaba desde el agujero, por donde entraba formando cascada. Volví a donde estaba, y la cogí de un brazo, tirando de ella.

Pensé en abrir la compuerta de la esclusa, y escapar buceando hacia afuera. Imposible. Para vencer la presión del agua al otro lado hubiera hecho falta ser Hércules. Y el mecanismo eléctrico, ayudado por las baterías de arriba, estaría desconectado. No había salida por allí.

—¡Vamos! ¡No hay nada que hacer! ¡Vamos!

Aún se volvió desde el comienzo de la galería ascendente, al otro lado de la puerta deshecha. El agua llegaba ya por media pierna a la estatua del guerrero. La madera podrida no aguantó el empuje de la corriente, y toda la figura se estremeció. Un instante después al orgulloso guardián milenario se le doblaron las piernas, giró sobre sí mismo, dirigió por un instante hacia el cielo su gesto de «alto», sus dioses no le escucharon, y cayó entre las aguas del Nilo que lo iban a sepultar para siempre.

Y que nos sepultarían a nosotros, si no nos apresurábamos.

Empujé a Irina. No había tiempo de explicarle lo que iba a pasar. Había visto entrar el chorro de agua a presión atravesando la esclusa en diagonal que terminaba muy cerca de la juntura que habíamos hecho con la silicona. La pared descompuesta que tanto trabajo nos había dado no aguantaría mucho. Cuando el chorro de agua arrancara la suficiente argamasa como para abrir un agujero entre la junta de silicona y la pared, el agua entraría de golpe. Y la formidable presión de toneladas de agua embalsada por encima haría el resto. No quería quedarme a contemplarlo.

—¡Corre! ¡Por lo que más quieras, corre, rusa del demonio!

Y la empujé delante de mí galería arriba, mientras con la linterna imitaba, malamente, a los acomodadores de los cines.

La galería terminaba en otra puerta, ésta sin decoración. Estaba algo menos podrida que la anterior, así que no se desmoronó al empujarla.

Pero sí cuando le largué una patada en la que puse toda mi seguridad de saber lo se nos venía encima.

Al otro lado, mi linterna y la de Irina recorrieron una gran sala… no tan vacía como aquélla en la que montaba guardia el guerrero.

Ni mucho menos.

Una vez, en la Alhambra de Granada, me dieron ganas de liarme a tortas con lo que debía de ser un equipo de baloncesto entero, que la visitaron al mismo tiempo que yo. Los muy bestias pasaron por todo aquello como elefantes por una cacharrería, soltando risotadas, dando voces, y a toda velocidad, tocándolo todo y sin hacer caso de nada. Un montón de gorilas probablemente hubieran sido más retinados a su paso. No se enteraron de nada en absoluto.

Pues algo así hicimos nosotros. Pero más bestias aún. Yo por lo menos.

Porque lo que había en la sala era ni más ni menos que el ajuar funerario de, si no todo un faraón, al menos un reyezuelo bastante notable. Estábamos en una «morada de eternidad» de las que hay cientos en el Valle de los Reyes, pero casi todas saqueadas.

¿Saben que de época egipcia se conservan hasta estuches de maquillaje de las mujeres, trastos de escribir, ropa interior, agujas e hilo, y juguetes de los niños? Pues algo de todo eso debía haber allí. Todo de maderas preciosas, oro, esmaltes, incrustaciones de nácar, qué sé yo. Telas delicadísimas, vestiduras cuajadas de piedras preciosas… Un tesoro incalculable, capaz no sólo de despertar la codicia del más virtuoso de los hombres, sino de dar trabajo a cientos de arqueólogos durante siglos. Hubiera sido maravilloso poder pararse a contemplarlo.

Pero no era posible.

Porque yo sabía que mi piel estaba en juego y, con perdón de quien quieran, mi piel es cosa que aprecio más que ninguna otra en el mundo.

Así que pasé por todo eso como uno de los gorilas de que hablaba, tocándolo también todo, destrozándolo todo, en busca de una sola cosa: una salida.

Tropecé con una mesita cubierta de joyas, que se desparramaron por el suelo. Un pelo que cerraba un arco, tenue como una telaraña, se me deshizo al rozarlo. Trepé sobre un arcón de maderas preciosas

incrustadas de nácar, arrancándole escamas, para comprobar si había un tragaluz encima… sin éxito. Fui de un lado a otro, como un loco, buscando un hueco por donde escapar. No había nada.

Y la rusa de los demonios, mientras, de reportera. Su cámara submarina era de ésas a las que se les pone película por metros, carretes interminables que permiten hacer cientos de fotografías. Bueno, pues un par de kilómetros de película debía estar usando, disparo tras disparo, en lugar de preocuparse por el pellejo. Las mujeres son así, y es uno quien tiene que preocuparse por ellas.

Corrí hacia la entrada, por donde llegaba la galería ascendente. Me pareció que el agua subía más despacio de lo que yo había calculado. Eso me resultó extraño, no tenía la menor idea de a qué podía obedecer.

Y en aquel instante resonó un golpe sordo en la lejanía. La esclusa debía haber cedido. El agua se agitó como en un oleaje salido de dentro de sí misma. A la luz de la linterna, parecía estremecerse, agitarse…

… Pero no subía de nivel. O lo hacía muy poco a poco.

Casi al instante de sonar el golpe, comencé a oír una especie de grito sobre mi cabeza. Enfoqué a linterna hacia arriba.

Dioses, que me aspen si aquello no era un murciélago. Y no un murciélago faraónico, sino bien vivo, y completamente contemporáneo.

Deducción lógica: tenía que haber entrado por algún sitio. Y no demasiado angosto, porque esos bichos no son lagartijas, precisamente.

Procuré espantarlo, y darle todas las molestias que me fue posible. El bicho debió pensar que ni en las tumbas faraónicas le dejan a uno tranquilo, y aleteó perezosamente. Volvió a colgarse de otros salientes del techo, pero allí le seguía el haz de luz eléctrica, cosa que debía gustarle muy poco. Al fin, voló torpemente hacia los relieves que decoraban un armario que estaba contra la pared, y desapareció por detrás. «Vaya», pensé, «astucia egipcia tenemos».

Usé un poco la cabeza. Claro, debía haberlo pensado. Faltaba algo. Estaba todo el ajuar funerario… salvo la momia. Tenía que haber otra estancia.

Abrí el armario. Una colección de urnas altas y estrechas, como jarras muy delgadas, ocupaban una serie de estantes. Estaban

maravillosamente decoradas, y en orden cuidadoso. Deshice el orden con poco cuidado. Detrás de las urnas había una especie de asa. Tiré con fuerza y en efecto, todo el armario se desplazó a un lado, casi arrastrándome, dejando al descubierto otra abertura.

Llamé a Irina. La entrada estaba cerrada por varios velos tan «telaraña» como el anterior. Tan tenues, que los hilos de oro que llevaban entretejidos parecían flotar en el vacío, paralelos como pequeños rayos de luz brillando en la oscuridad bajo el haz de la linterna. Para indignación de Irina, los volví a deshacer de un manotazo, y entré en la habitación.

Quienquiera que fuese, allí estaba, durmiendo su sueño de siglos. En el centro de la habitación, sobre un pedestal de mármol cubierto de inscripciones jeroglíficas, había un impresionante sarcófago, todo verde y oro, con formas lejanamente humanas. Alrededor, toda una corte de figuras menores, como de medio metro de altura, espléndidamente detalladas, se inclinaban reverentemente hacia el soberano dormido. Parecían ser de marfil.

Irina soltó una exclamación, y comenzó a sacar fotografías como loca mientras su *flash* me fastidiaba. Monologaba en ruso en voz baja, supongo que especulando con la localización histórica del personaje. La dejé que soñara despierta.

Me preocupaba más el murciélago. En efecto, había entrado por un pequeño hueco sobre la entrada. Pero luego, ¿dónde había ido? Si había salido de allí, me interesaba saber por dónde.

Lo supe cuando encontré una grieta en una de las esquinas del recinto. Algo que evidentemente se había producido después de excavada la cámara. Una grieta que no parecía muy antigua. Probablemente producida por las alteraciones geológicas creadas por toneladas de agua embalsada encima. O por los explosivos empleados al hacer la presa. Vaya usted a saber.

Al examinar la grieta de cerca, percibí dos cosas. La primera, un tenue silbido. La segunda, una leve corriente de aire.

Bien, ahora estaba claro. Si el agua no subía rápido, era por un efecto físico viejo como el mundo. Estábamos en un sifón. En una gran burbuja de aire, que el agua apretaba por abajo contra la cavidad de la roca. La grieta en cuestión era la única salida del aire, y el agua sólo podía reemplazar el volumen dejado por éste al escapar.

Fuera como fuera, eso nos dejaba algo de tiempo, pero no mucho, puesto que el aire se escapaba. Y más debería de escaparse, puesto que no había otro medio de escape que ensanchar la grieta y tratar de abrir galería.

Poniéndome manos a la obra, grité a Irina que dejase el reportaje y colaborara un poco. De mala gana, por haberla obligado yo a despertar de su éxtasis científico-histórico, accedió a volver a la entrada de la sala, para calcular el avance del agua.

Fue hacia allá, y ahora fue ella la que hizo de elefante en cacharrería.

Al salir de la cámara funeraria entre los estantes de urnas, olvidó que aún llevaba puestas las botellas de aire comprimido. Con ellas derribó dos de las urnas, que se rompieron al caer, derramando sobre Irina su contenido.

Y en un instante, mi compañera se convirtió en el centro de una humareda.

Ya fuera una trampa de los antiguos egipcios contra posibles intrusos o el paso del tiempo sobre el líquido que estuviera contenido en las urnas; ya se tratara de una muestra del saber del muerto o una ofrenda funeraria… lo cierto es que allí dentro debía haber algún tipo de ácido. Un ácido que atacó rabiosamente el neopreno del traje de inmersión de Irina, produciendo una humareda pegajosa que no era, precisamente, lo que más necesitábamos en aquel momento.

El traje se le estaba disolviendo literalmente encima. La cosa tenía incluso cierto efecto estético, es una idea que brindo gratuitamente a los empresarios de locales nocturnos, para su aplicación en un *strip-tease*. Gentileza de la casa.

Pero Irina se estaba abrasando viva. Y eso no era para risas.

La cogí medio en brazos, rápidamente y corrí con ella por entre el laberinto de objetos de la tumba, que era igualmente algo muy poco apropiado para el buen orden del ajuar funerario. Volvimos a ser elefantes en cacharrería.

Pero cuando conseguimos sumergirnos en el agua misma que nos amenazaba de muerte, por un momento la cubrimos de bendiciones. Rápidamente, ayudé a Irina a despojarse del traje. Quedó casi completamente desnuda, pero desgraciadamente no era momento para dedicarse a la estética.

Los restos de ácido en el traje reaccionaron también con el agua. Ya no humeaban, pero sí burbujeaban, y a la luz de la linterna, cuando a tientas volví por ella, pude ver que producía una especie de aceite al mezclarse con el líquido. Como el contenido de las urnas, al caer, se había esparcido por el suelo en un gran charco, la bomba de relojería en la que estábamos metidos no había hecho más que aumentar su peligrosidad.

Imposible soñar con volver atrás, aunque tuviéramos aún las botellas de aire. Toda el agua de Assuán seguía empujando para entrar en la galería, en cuanto el aire suficiente la dejara el espacio necesario.

Capítulo VII

Ante las iras de mi compañera rusa, amontoné un par de valiosos muebles para trabajar en la grieta con más soltura, y trepé encima de ellos. Los trozos de roca que arrancaba golpeaban sobre la madera milenaria y hacían saltar las incrustaciones, pero yo estaba más preocupado por otras cosas. Por ejemplo, intentaba calcular el avance del agua para saber si tendríamos tiempo de escapar. Y me preguntaba si la grieta no nos llevaría a lugar demasiado visible, donde volviéramos a ser presa fácil para los integristas. No estaba demasiado dispuesto a entregarme en manos de fanático alguno.

Pero me preocupaba demasiado pronto. A la roca arenisca sucedió otra más dura conforme avanzaban mis piquetazos. Tuve que ponerme las gafas de buceo para protegerme de las esquirlas de roca que me cegaban, amenazando con herirme los ojos. Piqueteé desesperadamente durante horas, o al menos así me lo pareció. Y de pronto me dejé caer, agotado.

No podía más, y aquello no cedía. No quería darme por vencido, pero necesitaba descansar un poco.

Irina probó también con la piqueta, pero no tardó mucho en quedar agotada también. La roca era de una dureza increíble. Debíamos haber alcanzado una veta de una composición distinta, y resultaba imposible de perforar.

Si tuviéramos algún explosivo…

Mi cerebro empezó a trabajar febrilmente, todo lo que mis músculos no podrían hacer en un rato.

Un explosivo. Daba mi vida por un explosivo.

Pero no se trataba de hacer un petardo de verbena. Necesitábamos algo que hiciera un buen PUM.

Recordé lo que sé de química explosiva. En la azarosa vida de

uno ha habido de todo. Incluso un curso de preparación para «boina verde».

¿Cómo eran aquellos explosivos caseros, con materiales domésticos? Bueno, aparte de lo de clorato potásico y azúcar, que sólo sirve para dar la cofia cuando eres un crío.

Ah, sí: Harina, vinagre y alcanfor. Pero hacía falta otro ingrediente, ¿cuál era? No, no servía. ¿Cómo era aquel otro? Amoníaco y… Maldita sea, tampoco, imposible.

Y ni siquiera disponíamos de una maldita cerilla. Mi maravillosa chaqueta, con el contenido de todos sus bolsillos, había quedado arriba. Sólo estaba vestido con el traje de buceo.

Irina, en cambio, deambulaba por la sala vestida con mucho menos que yo. Y para combatir el frío, se había echado por los hombros una de las lujosísimas telas del ajuar funerario del egipcio. Una tela que había aguantado, al parecer, muy bien el paso del tiempo.

Me entretuve un momento mirando el espectáculo, a la tenue luz de las dos linternas… que no aguantarían siempre, las pilas no podían ser eternas.

Ya sé que no era el momento, pero la rusa, había que reconocerlo, tenía un cuerpo…

Bendije el momento en que el accidente le había privado de…

¡Dioses!

¡El accidente! ¡El traje de neopreno!

Un ácido era lo que le había corroído el traje. Un ácido muy poderoso. Si fuera posible usar ese ácido sobre algo, sobre algún producto inflamable, muy inflamable…

Mientras mis neuronas se volvían locas de excitación, en un momento dado, me palpé el cinturón. Ya era buen momento para quitarse todas aquellas pesas de plomo de la cintura, me iban a servir de bien poco por un rato. Así que…

Maldita sea, ¡el cinturón!

Entre las pesas, por detrás, sujeta a la cintura y con la forma de una pesa más, estaba la funda con el equipo de emergencia. Es obligatorio llevarlo cuando haces trabajos serios, de profesional. Tan reglamentario como el cuchillo.

Y en el equipo de emergencia, había una bengala de socorro. Una eficaz bengala de las que pueden usarse incluso bajo el agua. El

traje de buceo era muy de profesional, y muy completo. Bravo por el material ruso.

Decidí darme un paseo hasta la entrada de la galería, por donde habíamos entrado en la sala del ajuar, justo el mismo sitio en el que había despojado a Irina del traje humeante. Sí, allí estaba su cinturón de plomos, y en efecto, también tenía su equipo de emergencia. Teníamos dos bengalas, casi como dos pequeños soplete. Había que pensar algo para usarlas.

Pero comprobé también que el agua seguía entrando, implacable. Que llegaba ya por la entrada de la sala, empujando los trozos de madera deshecha de la puerta que se desmoronó.

No nos quedaba demasiado tiempo.

Volví a la cámara mortuoria, pasando por el armario-puerta y sus jarras.

¿Habría más ácido? ¿Y para qué podría usarlo?

Tenía aún en las manos el equipo de emergencia del traje de Irina. Mientras pensaba, frenéticamente, fórmulas químicas explosivas, lo abrí comprobando el contenido.

Y entre ese contenido, había un tubo de glicerina. Bastante grande, un tubo como los de pomada o esas cosas.

Llamé a Irina. En pocas palabras la puse al corriente de mis pensamientos. Me puso de loco para abajo, y soltó sobre mí toda su tensión nerviosa. Era lógico, demasiado serena había estado hasta entonces, sin querer meterse en mis pensamientos, pero probablemente tan preocupada como yo por la situación. Era una mujer de las de verdad, la rusa.

—Sí, uso la glicerina a veces para la cámara. Con eso las junturas son más estancas.

—¿Crees que el ácido que te destrozó el traje puede ser nítrico?

—Imposible. No creo que los egipcios… Bueno… Quizá. No sabemos gran cosa de sus conocimientos.

No había mucha elección, así que probé. Volví al armario-entrada y busqué entre las jarras. No había muchos medios de análisis químico en semejante sitio, así que probé el método experimental. Corté con el cuchillo un trozo de neopreno del traje y, con el trozo pinchado como una aceituna en el aperitivo, fui metiendo el cuchillo en las jarras.

A la tercera, humareda de nuevo. Me costó el mismo trabajo que

antes apagarla.

—¿Me quieres aclarar qué diablos estás haciendo?, —dijo la rusa.

Le respondí, en tono tranquilizador.

—No te preocupes. Nitroglicerina.

No entendí los tacos en ruso ni las maldiciones caucásicas que me dedicó. Pero sí cuando me dijo, en su versión de mi lengua, lo muy loco que yo estaba.

Nos interrumpió un ruido a la entrada de la otra sala. Los dos, linterna en mano, fuimos a ver. No nos tranquilizamos demasiado al comprobar la causa.

El agua empezaba a entrar por la sala del ajuar, y había derribado un ánfora que estaba cerca. Algunos de los muebles empezaban a moverse ya, medio flotando.

No teníamos mucho tiempo.

Busqué un cacharro adecuado. Una especie de fuente de cerámica, de bordes altos, podría servir. Tiré las hierbas, que en su día debieron ser aromáticas, que contenía, y busqué combustible. Algunas de las telas servirían. Cogí también una especie de delicado taburete de madera, y sin hacer caso de los insultos de Irina, lo destrocé para hacer leña.

Luego, vacié en el cacharro el tubo de glicerina que la rusa había aportado tan inadvertidamente. Encima, eché un buen chorro del ácido egipcio. No estaba seguro de que fuera nítrico, pero había que probarlo.

No pasó gran cosa. Removí la mezcla, disolviendo la glicerina, y la puse sobre la histórica leña, y las telas. Ahora fue cuando la bengala demostró su utilidad como encendedor. Funcionó. Bravo por el fabricante.

El humo de la «hoguera» no colaboró mucho a hacer más respirable el aire, pero el resplandor del fuego daba un aspecto más cálido a la habitación. Y, por suerte o por desgracia, la grieta de sobre nuestras cabezas seguía haciendo de ventilación, con lo que el humo se escapaba por ella… junto con el precioso aire que, no sólo hacía posible la vieja costumbre de respirar, sino que nos defendía además del agua. No muy eficazmente, porque se la oía gorgotear en la sala de al lado.

Mientras ardía aquello, y mientras Irina y yo contemplábamos el

fuego como hipnotizados, con la inactividad me vinieron los malos pensamientos, tal como te decían de pequeño. Pensé que, si aquello no funcionaba, no habría muchas posibilidades. Y el que funcionara era más que improbable.

Lo otro, lo que me guardé mucho de decir en voz alta, es que en el pasado, siguiendo un procedimiento parecido para obtener la primitiva nitroglicerina, morían nueve de cada diez fabricantes. Y lo hacían en condiciones de seguridad infinitamente mayores.

Pero no era cuestión de pensar demasiado. «En la duda, actúa», ya saben.

Busqué una especie de cuchara en el ajuar del muerto, y puse manos a la obra.

Recogí con la cuchara la especie de crema que se iba formando en superficie del líquido caliente contenido en el cacharro. Si todo había ido bien, aquella especie de nata era una muestra de uno de los explosivos más potentes que se conocen. Un inofensivo líquido que, al menor roce, podía hacernos volar por los aires. No pude evitar ponerme un poco nervioso al usar la cuchara para trasvasarlo a otro cacharro de cerámica. El roce de una pluma, sólo el roce de una pluma, y… ¡BAMM!

Y justo en ese momento, el agua debió derribar algún mueble en la sala de al lado, con un buen estrépito.

Sólo me sobresalté un instante. Lo justo para que me temblara el pulso una pequeñez.

Fue suficiente. Una gota, sólo una gota, del explosivo cayó de la cuchara al suelo, para mi espanto.

En un momento como ése, lo ves todo a cámara lenta, como si el tiempo se alargara. O sea, que vi caer la gota como quien ve venir la muerte sobre uno.

Irina saltó hacia atrás, rápida de reflejos.

La gota hizo PLIC en el suelo.

Y no pasó nada.

O aquel ácido no era nítrico, o la glicerina estaba adulterada, o el procedimiento no había sido el adecuado, o me había fallado la memoria, o yo era un completo imbécil, posibilidad ésta que era la más probable. Pero había malgastado todo aquel precioso tiempo, quemando el vital oxígeno y permitiendo que subiera el agua casi hasta la entrada de la cámara… probando recetas de cocina

«*amateur*».

De uno de sus habituales torrentes de insultos eslavos, surgió la contundente voz de Irina:

—¡Genial! ¡Bravo! ¡Muy bien! Y ahora, ¿quieres decirme qué demonios vas a sacarte de la manga esta vez? ¡Quiero salir de aquí, yanqui del infierno, y tus estúpidos trucos de boy-*scout* no ayudan nada! ¡Quiero salir de aquí! ¿Lo entiendes, mamón? ¡Quiero escapar, maldita sea!

Bueno, había perdido los estribos, por fin. Se había portado demasiado fríamente hasta entonces, cerebral ella y demás. Pero era humana al fin y al cabo.

No pude hacer otra cosa que abrazarla, que es lo habitual en estos casos. Hasta me mordió y todo al principio, pero luego su furia se cambió en llanto, y se puso más suave.

—Quiero salir de aquí, Indiana. Haz algo, por favor —dijo entre lágrimas.

Eso intentaba pensar yo, qué se podría hacer. Pero haría falta una bomba, y no teníamos ninguna a mano.

El agua llegaba ya por el borde de la cámara mortuoria, que estaba ligeramente más alta que la otra sala.

Salí a la entrada, cogí una tras otra las jarras de líquidos, y las arrojé al otro extremo de la sala. Por lo menos, cuanto menos ácidos sobre nuestra piel, mejor. O que llegaran los últimos hasta nosotros.

Al asomarme a la sala del ajuar, linterna en mano, eché un vistazo. El panorama era de pesadilla. El agua llenaba la sala hasta una altura de medio metro, y el mayor desorden reinaba entre los objetos del ajuar funerario. Los muebles de madera crujían flotando, se habían volcado vasijas y recipientes, y las telas preciosas venían hacia mí, arrastradas por el agua. Todo estaba desapareciendo bajo el agua implacable, tantos siglos esperando para esto.

Y entonces, noté un olor que antes me había pasado desapercibido. Un olor que me parecía, pero que resultaba bastante sorprendente allí. Un olor que yo identificaba con la civilización occidental, pero no con aquel sitio.

—Irina, por favor. Dime que no estoy loco, ¿hueles a lo mismo que yo?

La rusa vino hacia mí. Asintió enseguida.

—Petróleo, ¿no es eso? Huele a petróleo.

—Sí, pero… ¿aquí?

—No es extraño. *Petra olium*, los romanos lo conocían. Quizá los egipcios también. Es muy antiguo su uso para las lámparas. Pero no era muy apreciado, precisamente por el olor. Muy bien, ¿de qué nos sirve eso?

No estaba yo muy seguro, pero… Una vasija cualquiera de las del ajuar, destinada probablemente a que el muerto pudiera iluminarse en su viaje al otro mundo, debía haberse volcado. Enfoqué con la linterna: sobre el agua venía, en efecto, entre suciedad y escombros de todo tipo, una especie de aceite negro.

De nuevo mis neuronas se creyeron en Indianápolis. Petróleo. Un combustible. Pero el ácido éste, sea lo que sea, no parece atacarle, porque ya hubiéramos reventado. O sea, que tampoco es sulfúrico, o habríamos tenido un «cóctel Molotov». ¿Para qué podría servirnos?

Y entonces, en medio de la oscuridad, tuve una idea luminosa.

Capítulo VIII

Una bomba, claro.

Teníamos algo parecido.

Mi equipo de respiración submarina estaba allí cerca, donde yo lo había dejado para andar más libre. Lo contemplé con atención. Podría servir.

Sin responder a las preguntas extrañadas de la rusa, chapoteé entre el agua de la sala, apartando toda aquella riqueza arqueológica hecha escombros, hasta encontrar el otro equipo, el de Irina, abandonado camino de la entrada cuando la llevé hacia el agua para quitarle el traje humeante. Sí, allí estaba. Seguíamos teniendo los dos equipos de respiración. Había una posibilidad.

Cogí el de Irina, que debía estar mucho más agotado, porque el último en subir a la superficie a cambiar las botellas, en las remotas horas en que trabajábamos en la esclusa para perforar la pared, había sido yo. Y eso a pesar de que las mujeres suelen consumir menos oxígeno al respirar, porque tienen los pulmones más pequeños. No es machismo, está comprobado.

Desenrosqué el regulador de presión del equipo, y dejé salir el aire, dosificándolo para que no lo hiciera con violencia. Cuando dejó de hacer el típico Ffssss, quité el trasto, desenroscándolo por completo. Al menos, un poco de aire puro teníamos de reserva, porque el que quedaba en la habitación se estaba poniendo irrespirable, con tanta cocina de campaña y tanta química.

—Espero que esta vez sepas lo que haces —dijo Irina.

—Ayúdame a llenar esto de petróleo, o de *petra olium*, o de lo que sea eso, y no protestes, rusa.

Trabajosamente, separando el montón de porquería que venía con el agua, usando un par de cacharros de cerámica como

recogedores y una de las telas como filtro, fuimos echando poco a poco el petróleo en la bombona de aire. Era un trabajo de chinos, pero se hizo. Irina encontró además, astutamente, una especie de botella llena del histórico potingue, lo que aceleró la cosa.

Procuraba disimularlo, pero el agua, subiendo poco a poco de nivel, me ponía los pelos de punta. Pero si la rusa de los demonios conservaba el control de sí misma, yo no iba a ser menos.

Cuando terminamos de llenar la bombona, el agua y la porquería llegaban ya al nivel del sarcófago, un metro por encima del suelo. Las figuras de marfil habían desaparecido ya bajo el agua. Y el olor del petróleo no ayudaba nada a respirar con las condiciones-mínimas.

Me encaramé a los muebles que había amontonado en el rincón, debajo de la grieta famosa. Empuñando la no menos famosa piqueta, ensanché el agujero por la parte en que aún la roca era blanda, lo suficiente para que entrase la bombona de aire. Me costó unos minutos.

Cuando me volvía a mirar a Irina, el agua le llegaba por la cintura. Y no me había dado cuenta, pero el aire estaba irrespirable por el petróleo ya.

Obediente y sin rechistar, la rusa me pasó el equipo de respiración, ahora lleno de petróleo, cuando se lo pedí. Y luego, sin decir palabra, pero con cara de pensar «estas payasadas no nos van a sacar jamás de aquí», me pasó el regulador, que yo había dejado, astutamente, sobre el sarcófago.

Lo enrosqué en su lugar, y apreté todo lo que pude. Como junta hermética, no la había mejor.

Metí la bombona en la grieta ensanchada, y procuré encajarla bien. Casi diría que ajustaba. Entró bien profundo, dejando hacia atrás el fondo, precisamente la parte más resistente del envase.

Ahora se trataba de atascar bien aquello. Usamos todas las maderas que pudimos, hasta un par de lanzas del ajuar de guerra del muerto. Todo ello bien apretado entre las paredes, el suelo, y el techo por donde se abría la grieta.

Bajé del improvisado andamio. El agua me llegaba ya por el pecho. Y buena parte de la capa de porquería de la superficie era petróleo. «Si salimos de aquí, va a haber que hervirnos para quitarnos de encima la porquería», pensé.

Busqué mi propio equipo de respiración, y la bengala que quedaba de los equipos de emergencia de los trajes.

Empleé un rato, mientras el agua subía y subía, en explicarle a la rusa mi plan. Un plan casi suicida que no pareció convencerla demasiado, pero no dijo nada. Estaba siendo una niña buena.

Pero ella empleó otro par de minutos en abrir su cámara fotográfica submarina, luego de rebobinar el carrete durante un tiempo interminable, y sacar la película, en su correspondiente chasis. Lo envolvió todo en una de las telas, y fue a metérselo entre la ropa. Cuando vio que no llevaba puesta más que la mínima expresión, me endosó el paquete a mí, metiéndomelo en el pecho por la cremallera abierta del traje de buceo.

No me dejó ni abrir la boca para protestar.

—Si lo pierdes, te arrepentirás todo el resto de tu vida, Indiana James —dijo, amenazadora.

Quedaba poco que hacer, salvo esperar. Esperar a que el agua, con su petróleo sobrenadando, terminara de subir. Y luego, esperar que todo mi invento funcionara.

Porque, si tenía tanto éxito como mi experimento de química…

Por lo menos, no tendríamos mucho tiempo para lamentarnos.

Aunque yo estaba seguro de que, en mi caso, sería una muerte rápida. Despedazado por una rusa salvaje y furiosa.

Prefería enfrentarme con todos los horrores del mundo, antes.

Con el agua ya por el cuello, subimos al sarcófago y nos sentamos en él. El techo quedaba a cosa de un metro sobre nuestras cabezas. Y allá arriba quedaba el agujero medio taponado de maderas atascando la grieta.

Echamos un último vistazo al mundo de los vivos, morada de un egipcio muerto.

—Vamos —dije, cuando me pareció que el agua, el petróleo y la valiosísima porquería alcanzaban el nivel adecuado.

Con el equipo de respiración cogido, Irina se dejó caer bajo el agua.

Yo la seguí, bengala en mano.

No podía verla, pero extendí la mano para comprobar que estaba allí cerca.

Y entonces, encendí la bengala.

Me acerqué a Irina, rodeándola con el brazo libre.

Ella me pasó la boquilla del respirador, como le había indicado, en esa técnica de respirar tres veces uno, y pasarle la boquilla al compañero, que los buceadores llaman «hacer calumet».

Respiré y… alcé la bengala.

Ésta tocó el histórico «petra olium», aceite mineral y, en nuestros días, petróleo. Petróleo que se inflamó al momento.

Sonó como un monumental soplido que, incluso bajo el agua, resultó siniestro.

Transcurrieron unos interminables instantes, mientras yo me destrozaba el labio mordiéndomelo. Tenía que funcionar. Tenía que…

La explosión fue ensordecedora, incluso debajo del agua.

Todo pareció enloquecer de pronto.

Me sentí como dentro de la coctelera que maneja un barman experto.

Y toda la presa de Assuán se empeñó en empujarnos, con el incalculable peso de toda su maldita agua historicida, como un vómito de titán indigestado, por lo que había sido la grieta del techo de la cámara. Arriba, arriba, arriba…

CAPÍTULO IX

La botella de aire había hecho su tarea. Una vez que el petróleo de su interior alcanzó la temperatura de ignición, estalló. Y las maderas acumuladas detrás por nosotros, pero sobre todo la inmensa presión del agua empujando desde abajo, había dirigido la fuerza explosiva grieta arriba.

Así que el peso del agua de fuera nos empujó, de un golpe, hacia la grieta recién ensanchada.

Y con nosotros, todos los objetos reunidos como ajuar funerario para acompañar el viaje del egipcio a la otra vida.

Un viaje que, en aquel momento, más parecía el del agua carbónica saliendo del sifón hacia el vaso de un juerguista sediento.

Yo había abrazado a Irina para intentar protegerla, o al menos no ser separado de ella, pero era una ilusión absurda.

Tampoco ella pudo conservar en sus manos el equipo de respiración submarina mucho tiempo. La grieta se había ensanchado, pero estaba aún muy lejos de ser el túnel de una vía de tren.

Sentí un violento roce de la roca en mi espalda, y bendije el traje de neopreno que aún llevaba puesto. Inmediatamente pensé que Irina habría necesitado el suyo. Aunque su cuerpo era mucho menos voluminoso que el mío.

La presión del agua me apretaba el pecho, me costaba mantener los pulmones hinchados. Pero si soltaba el aire, no volvería a poder llenarlos.

Zarandeado como un corcho en medio de las olas que rompen, me pregunté dónde nos llevaría la fuerza del agua.

Me vi aplastado contra la roca de pronto, en un recodo. Pero la misma corriente tiró de mí de nuevo.

A saber dónde estaría el arriba y el abajo, en aquel torbellino absurdo.

La grieta no parecía tener final.

De pronto, y sin que el agua se detuviera, debimos emerger en una caverna subterránea, porque noté aire en mi cara. Respiré ansiosamente. Un aire enrarecido, pero vital.

Llamé a mi compañera de apuros, a voces, mientras intentaba mantenerme en la superficie. La corriente seguía siendo bestial.

A corta distancia, me llegó una especie de gemido. No sonaba como si lo estuviera pasando muy bien precisamente, pero estaba viva aún.

Un instante después, inmersión de nuevo.

Me pregunté dónde demonios iríamos a detenernos. Ojalá no fuera en las turbinas de la presa. No me apetecía mucho convertirme en kilovatio para las bombillas de El Cairo.

Nuevo costalazo contra la roca. No iba a quedarme un hueso sano, a aquel ritmo.

Algo duro me embistió como un ariete un momento más tarde. Aparté como pude lo que debía de ser un trozo de mueble milenario, viajando conmigo.

El siguiente golpe fue en la cabeza. Quedé como un boxeador «sonado» durante unos minutos, o lo que a mí me pareció algo semejante.

De pronto, un viento frío me dio en la cara.

Miré hacia arriba y, dioses, ¿no eran aquello estrellas?

Me froté los ojos. Sí, lo eran.

Llamé a Irina. Una desfallecida voz dijo no muy lejos: «Aquí».

La corriente había disminuido, al parecer. Intenté nadar hacia donde debía encontrarse la rusa. Pero estaba medio vapuleado, y el cuerpo me dolía por todas partes.

Estrellas. O sea, que era de noche. Mira por dónde. Y sin luna.

La «caverna», entonces, podía haber sido también el exterior. Vaya usted a saber.

En cualquier caso, estábamos fuera de la pesadilla subterránea. Y, al menos en mi caso, en una sola pieza, más o menos.

Volví a llamar a Irina. Su voz sonó tan desfallecida como antes, pero más cercana.

Aún tardé un buen rato en alcanzarla. Parecía encontrarse más o

menos en buen estado. Y no demasiado desollada, como yo había temido.

En cualquier caso, quedaba por ver dónde terminaríamos de rodar.

—¿Dónde te parece que estamos? —pregunté.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —dijo ella—. En medio de Assuán, probablemente. Total, sólo quinientos kilómetros de largo…

No era una perspectiva muy halagadora, desde luego.

Escasa, pero había corriente. Se trataba sólo de mantenerse a flote hasta llegar a alguna orilla. Pero la natación no era, precisamente, mi aspiración más urgente en aquel momento.

Para empezar, había perdido la cuenta de las horas que llevábamos sin probar bocado. Y en medio de mi vientre había como una caverna que exigía ser llenada.

Así que la espera se hizo eterna, hasta el amanecer.

Un amanecer que, en otro contexto, hubiera podido ser hasta bonito y todo. Pero yo no estaba para estéticas.

Cuando hubo alguna luz, distinguí unas rocas a cierta distancia, y nadé hacia ellas, intentando remolcar a la agotada Irina.

¿Una eternidad? ¿Un siglo? ¿Una inmensidad? En cualquier caso, mucho mucho tiempo me pareció que tardábamos en alcanzar las rocas. Pero juro que nunca un mísero peñón me ha parecido tan acogedor, tan confortable, tan hospitalario.

Caímos sobre él como quien se deja caer en la cama después de un viaje interminable.

Y eso que el enemigo era ahora el frío del amanecer, empapados como estábamos. Porque no había absolutamente nada con lo que encender los miserables matojos que nos podían haber servido de combustible. Pero al menos, estábamos en tierra firme.

Y arriba había un cielo, y en el horizonte había empezado a levantarse el sol, como un padrazo dispuesto a abrazarte.

Creo que nos quedamos dormidos, de puro agotamiento. Irina antes que yo, incluso.

Y lo que me despertó debió ser aquella sombra que vino a proyectarse sobre mi cara.

Porque la voz no, la voz empezó a sonar algo después.

Una voz que no era la de un padre acogedor, precisamente.

Más bien una aguardentosa voz inequívocamente cuartelera,

gritando en árabe una serie de barbaridades incomprensibles.

Lo que sí era muy comprensible era lo que quería decir encañonándome con un vetusto fusil.

Y cuando me incorporé un poco, comprobé que estábamos rodeados de soldados. Polvorientos uniformes que delataban a un grupo de combatientes del desierto. Soldados egipcios.

Epílogo

Fue otra eternidad. Otro calvario. Otra desesperante sucesión de lo mismo que me había desesperado al principio de esta historia, en El Cairo, cuando la bomba. Sólo que ahora las cosas no estaban claras, no había testigos presenciales, la historia que teníamos que contar era absolutamente increíble, y nuestros interlocutores no tenían la más mínima intención de creernos. Para colmo, el funcionario de la Embajada soviética más cercano debería encontrarse a centenares de kilómetros de aquel miserable poblado en el que se alojaba una no menos miserable guarnición.

Estaban absolutamente convencidos de que éramos algo parecido a mercenarios, enviados por quién sabe qué potencia extranjera para sabotear la presa. A partir de ahí, las preguntas eran interminables, y alguna de ellas muy conocida para mí, por desgracia:

—¿Para quién trabajan?

—¿Quién los envía?

—¿Dónde está lo demás de su equipo de buceadores?

—¿Dónde han escondido el explosivo?

—¿Cuál es tu verdadero nombre, americano?

Si he dicho que no tengo un concepto excesivamente brillante de los policías, cierto tipo de militares me resulta igual de agradable que un rinoceronte como interlocutor posible. Y suele resultar de un coeficiente intelectual aún inferior, si cabe.

—¿Pretende burlarse de nosotros? ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Si entonces uno se calla, y es peor. Se ponen aún más furiosos.

—Indiana James, ¿eh? ¿Y por qué no Jorge Lucas?

—La escena se ha repetido ya tantas veces, que me aburre más

que otra cosa, para colmo, estaba el carrete de Irina.

—Arqueólogos, ¿eh? ¿Y esto? ¿Me va a decir que es un recuerdo turístico, fotos de las Pirámides para enseñar a los amigos?

—De poco más le iba a servir a Irina el *souvenir,* pensaba yo. Y por cierto, la rusa del demonio debía haberse guardado el carrete ella. De todas formas, lo velarían al exponerlo a la luz en cualquier momento.

—Nos habían metido en celdas separadas, y yo estaba preocupado por la rusa. En el estado de desnudez en que la habían encontrado, aquel montón de bestias eran capaces de violarla, o algo parecido. Yo le había cedido la parte superior del traje de buceo, pero eso no le tapaba más abajo de la cintura y los islámicos son como son en lo tocante a las mujeres. Temí que encontraran la pieza inferior de su bikini demasiado poco obstáculo para sus intenciones.

Sin embargo, cuando apareció en la puerta de mi celda, que un soldado había abierto casi con una reverencia, llevaba puesto un traje de chaqueta *sport* que, para una rusa, resultaba elegantísimo.

—Vamos, Indy. No nos molestarán más estos muchachos.

No sabía si abrazarla allí mismo, o besar en los morros al impenetrable caucásico de chaqueta y corbata que la acompañaba. Con lo poco simpáticos que pueden serme los funcionarios soviéticos.

Dos días más tarde, degustábamos nuestro enésimo té con menta en El Cairo, antes de pensar en los martinis. Yo, al menos, necesitaba litros de bebida para quitarme de la boca el sabor a petróleo.

—… Y gracias a ti, conservo el carrete de fotografías. Material suficiente para ser investigado durante años, y garantizarme trabajo por cuenta de la Academia de Historia de la URSS. Como base para un trabajo científico, tengo de sobra para conseguir subvención estatal para el resto de mi vida.

—En mi país, cualquier revista ilustrada te pagaría millones de dólares por la exclusiva —contesté.

Se puso muy seria para decir:

—El saber científico está por encima de todo. Y además, está mi esposo.

Eso sí era una novedad.

—¿Tu… esposo? Pero ¿es que tú…?

—¿Quién te crees que fue el ingeniero que tan concienzudamente preparó toda la parte técnica de la operación? Tiene un puesto en los más altos escalones de la administración soviética. Y la suficiente influencia como para burlar la burocracia y conseguir licencia para actividades como éstas en el extranjero. También en la Unión Soviética se pueden hacer cosas, ¿sabes?

Yo estaba bastante perplejo por la revelación. Pero ella aún sonrió pícaramente, bajó la voz, y añadió:

—De todas formas, lo de la revista no es mala idea. Pero ofrecían más las cadenas de televisión de tu país.

—¿Cómo?

—Bueno, los corresponsales informativos han sido muy generosos ofreciendo cantidades por la exclusiva. Y siempre puedo decir en mi país que fueron los soldados que nos detuvieron los que hicieron copia de las fotografías. Mientras tanto, una cuenta en Suiza va a estar esperando que mi marido y yo podamos permitirnos unas vacaciones en Occidente. A él también le gustan ciertos… caprichos.

En fin, Indiana, hijo, pensé… No tienes mucha suerte. Al final, salvo algún agradable ratito, no te comes una rosca.

—Supongo, entonces, que cogerás el primer avión para reunirte a la sombra del Kremlin, en la Plaza Roja, con tu Señor Esposo.

Siguió con la sonrisa pícara. Y su tono de voz se hizo bastante confidencial, casi diría que sensual, excitante.

—Supones mal. Aún van a retenerme en El Cairo unos días determinadas formalidades burocráticas. Las oficinas de este país son tan lentas para hacer trámites.

Y volvió a ser gatita, como en el remoto día en que me ofreció trabajar con ella, para decir, cogiéndome suavemente la mano:

—Ya que has sido tan amable conmigo, ¿quieres ayudarme a… solventar problemas burocráticos? ¿En mi hotel, por ejemplo, después de que cenemos?

Tragué saliva. Estaba en realidad bastante dispuesto.

—Al fin y al cabo, nadie va a llevar la noticia hasta Moscú. Y, tratándose de compañeros de trabajo y aventura.

Qué trabajo, el de los días siguientes. Agotador, se lo aseguro.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Véase «La amenaza invisible», n.º 9 de esta colección. < <

[2] Véase «Judy con esquís en los Diamantes», n.º 23 de esta colección. < <

[3] Véase «El tesoro de Gardenfly», n.º 6 de esta colección. <<

[4] Véase «Un autobús muy… espacial», n.º 13 de esta colección. <<